

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

hermoso fantasma

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

HERMOSO FANTASMA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 510

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 44.375 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: enero, 1972

© BURTON HARE, 1972
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Simón Dancer salió a la calle bajo el vivo sol de California, y por primera vez desde que tenía memoria se sintió extrañamente libre.

Encendió un cigarrillo y miró a las gentes que pasaban a su lado tan apresuradas que más parecían dirigirse a apagar un incendio que a otra cosa.

Era un día espléndido, radiante, y para Simón, el más excitante de su vida.

Era el día de su independencia.

Levantando la cabeza, pudo ver el impresionante escorzo del edificio, elevándose hacia arriba como una colosal aguja de cemento, acero y cristal, con el rótulo en la cumbre. Un rótulo que era toda una institución en la ciudad:

The Globe

Para todo el mundo era un influyente periódico.

Para Simón Dancer había sido el principio y ahora era el final.

Empezó a caminar sin prisa, con paso lento, contrastando con las prisas de los demás. Se juró a sí mismo que no volvería a apresurarse nunca más. Ahora era un hombre libre. Un hombre en los albores del éxito y de la fortuna.

Su coche estaba en el estacionamiento de la esquina. Era un convertible color café bastante nuevo aún, pero se prometió comprar uno mejor cuando publicara su primer libro.

Naturalmente, un libro que aún estaba por escribir, pero que sin duda alguna sería un éxito. No en vano llevaba tanto tiempo meditándolo.

Tomó el coche y condujo hacia la pensión donde había vivido hasta entonces. Las maletas estaban preparadas, así que no perdió mucho tiempo allí. Las cargó en el coche y volvió a conducir, esta

vez rumbo a las colinas.

La casa que había alquilado estaba en un paraje tranquilo, rodeada de un jardín que pedía a gritos el cuidado de alguien interesado en que dejara de parecer una selva virgen.

Entró las maletas. El sol acababa de hundirse en el horizonte y las primeras sombras poblaron de misterio el abandonado jardín.

Simón llevó el coche al garaje adosado a la parte posterior de la casa. Cerró la puerta y anduvo por el sendero de grava.

Miraba amorosamente las fachadas cubiertas de yedra. Claro que era una casa demasiado grande para un hombre solo, pero un escritor de fama necesitaba espacio.

Espacio y un lugar tranquilo en el que meditar.

Bordeó la piscina, vacía y con el fondo cubierto por una gruesa capa de hojas secas. La imaginó limpia, llena y con algunos invitados bañándose bajo el sol, y se estremeció.

Antes que llegara al porche, una voz dijo en alguna parte:

—Hola, vecino.

Se volvió. En las crecientes sombras no vio a nadie, sólo la descuidada vegetación y el alto seto que separaba la propiedad del jardín de al lado.

Fue allí donde vio agitarse una mano alegremente.

—Hola —correspondió, cambiando de dirección.

Una cara pálida asomó junto a la mano. Se trataba de una mujer menuda, de unos cincuenta años, pulcra y con el cabello castaño cuidadosamente recogido en la nuca.

Sonreía de un modo radiante.

—Me alegré mucho cuando me dijeron que alguien había alquilado esta casa —dijo la mujer—. Soy Milly Forsite.

—Mi nombre es Simón Dancer. Encantado de conocerla, señora Forsite.

—Va a necesitar ayuda para poner todo esto en condiciones, señor Dancer, ¿no le parece?

—Sin duda.

—Puedo recomendarle un buen jardinero. Es eficiente y no cobra demasiado. Además, mientras usted encuentra a alguna mujer de confianza, puedo cederle mi asistente. Viene todas las mañanas y se marcha por las tardes, ¿sabe? Ella estaría conforme en arreglar este caserón. Hemos hablado de ello desde que me enteré que usted

venía a vivir aquí.

Él sonrió.

—Le quedaría muy reconocido si hiciera todo esto por mí, de veras. Me siento un poco perdido, usted sabe...

—Es natural. Por la mañana le presentaré a Flora. Es la mujer de que le he hablado.

—Perfecto. Y ahora, si me disculpa, he de ordenar un poco el dormitorio por lo menos.

—Naturalmente... Sea usted bienvenido, señor Dancer.

Simón correspondió con otra de sus radiantes sonrisas. Había dado media vuelta cuando la mujer exclamó:

—¡Oh! Casi lo olvido...

—¿Decía usted?

Ella bajó la voz y habló en tono misterioso.

—Prométame que si lo encuentra me lo hará saber, señor Dancer.

El parpadeó.

—¿Si encuentro qué?

—El cadáver, por supuesto. ¡Estoy tan excitada desde que usted ha venido a vivir aquí! Si lo encuentra me hará usted feliz avisándome primero que a nadie. ¿Prometido, señor Dancer?

—¿Quiere decir que hay un cadáver en la casa? —jadeó Simón.

—¡Pues claro! Sólo que nadie ha podido encontrarlo todavía. Bueno, ya le entretuve bastante. Buenas noches, querido joven...

La cara pálida desapareció y Simón quedó solo en la penumbra del jardín.

Tardó casi un minuto en atinar a moverse. Se le antojó una situación absurda. Sacudió la cabeza y masculló:

—¡Bah, un cadáver!... ¿Por qué no un fantasma, hombre?

Y entró en la casa.

Simón terminó de ordenar sus ropas en el armario cuando ya era noche cerrada. De pronto sintió un hambre feroz y se maldijo por no haber atinado que en una casa hacen falta provisiones, además de cuarto, salones, despacho y salas de baño.

Meditó largamente sobre su falta de experiencia. No era: lo mismo vivir en casa propia que en una pensión.

Volvió a vestirse y fue en busca del coche, asegurándose de que apagaba todas las luces. Cerró cuidadosamente la puerta y al salir

del jardín detuvo el convertible para cerrar también el portón de la verja.

No deseaba volver al centro, así que en el cercano desvío tomó la ruta de la costa. Diez minutos más tarde entraba en un parador de carretera.

Comió unas hamburguesas, ensalada, queso y cerveza abundante. Después pidió un café y se recostó en el asiento, oyendo el suave rumor del mar casi bajo sus pies, y, de vez en cuando, el zumbido de un coche al pasar como una centella por la cercana ruta.

Se sentía como si fuera el poseedor de un millón de dólares. Tranquilo y en paz consigo mismo, cosa esta última que no le sucedía desde tiempos inmemoriales.

De repente pensó en las palabras de su vecina y toda la paz de que gozaba se esfumó como un soplo.

«Un cadáver».

¿Sería posible?

Pero no, era una cosa idiota. Si hubiera un cadáver en la casa, alguien lo hubiera hallado mucho antes. Además, ¿el cadáver de quién?

Sacudió la cabeza. Para un exreportero, la cosa no debería ofrecer muchas dificultades. Pasó revista a su memoria. Siempre había estado orgulloso de la memoria que poseía, y trató de encontrar en ella alguna referencia a un posible misterio relacionado con la casa que había alquilado por un año.

Se convenció de que no había nada de eso. Nada de cadáveres, ni asesinatos ni misterio alguno en relación con la estupenda mansión alquilada a tan bajo precio.

¿Bajo precio?

Se enderezó. Realmente, era sorprendente que se la hubiesen alquilado por una suma tan discreta...

Naturalmente, en la actualidad, la gente normal no solía alquilar casa como aquélla. Prefería lugares más pequeños, más reducidos, donde la dueña de la casa no tuviera excesivo trabajo y...

Apuró el café. Al demonio con todo.

Tomó el coche y regresó sin prisas. Nada de cadáveres ni misterios, excepto los que él pudiera escribir.

Cuando llegó frente a la verja, la encontró abierta.

Detuvo el coche, perplejo. Recordaba muy bien que la había cerrado al salir.

Dejó el coche fuera y se internó por el jardín, más escamado cada vez.

Luego, en medio de la sombría vegetación, se detuvo como herido por un rayo.

En una de las ventanas, al otro lado de los cristales, acababa de ver el fugaz chispazo de una luz, probablemente una linterna eléctrica...

Un escalofrío recorrió sus miembros. Simón Dancer empezó a preocuparse de veras antes de reanudar la marcha hacia el porche... ahora mucho más despacio que antes.

CAPÍTULO II

También la puerta principal estaba abierta. Examinó la cerradura, pero en la oscuridad no pudo descubrir si había sido forzada o no, aunque no pudo encontrar signos de violencia en ella.

Se coló dentro pisando como un gato. Escuchó con todos los sentidos, tenso y dispuesto a salir de estampida si alguien trataba de atacarle. Aquélla era una situación como para describirla en su primera novela, pero no para ser vivida por el autor.

Poco a poco se internó en la casa, en la oscuridad, no atreviéndose a encender ninguna luz.

De pronto oyó un golpe sordo en alguna parte, un ruido como el producido por un objeto liviano al caer al suelo. Después, unos pies recorriendo un suelo de madera.

Recordó que sólo había esta clase de suelo en la biblioteca y el salón. El resto estaba pavimentado con recio mosaico.

Se detuvo, intrigado. Comenzó a sentir cómo le dominaba la ira porque aquella presencia intrusa venía a turbar su primera noche en lo que consideraba su hogar, todo su mundo de creación, desbaratándole la calma y la paz que necesitaba para trabajar.

Llegó a la puerta de la biblioteca, el lugar que tan pronto como lo visitó por primera vez eligió como el de su fecunda creación. Escuchó y oyó distintos rumores en el interior.

Así que el intruso estaba allí dentro.

Simón puso la mano sobre el tirador de la puerta y empezó a girarlo muy despacio. Después empujó con infinito cuidado.

Por la rendija vio el brillo fugaz de una linterna. Empujó un poco más. El visitante estaba junto a la gran mesa escritorio de sólido nogal.

Había sacado los cajones y estaba inclinado al otro lado, examinando las cavidades dejadas por éstos, introduciendo la mano y alumbrándolas de vez en cuando.

Acabó de entrar sin que el desconocido se diera cuenta.

Entonces exclamó:

—¿Qué está buscando, el plano del tesoro o algo así?

La oscura figura se irguió de un brinco, la linterna rodó sobre la mesa y el haz luminoso le bañó de luz.

Simón se quedó helado, porque no era un intruso, sino una intrusa.

Encendió la lámpara del techo. La muchacha del escritorio parpadeó, asustada, y permaneció rígida, mirándole como si viera al diablo.

Era alta, delgada y exquisitamente formada. Su busto palpitaba a impulsos de su excitación. Tenía un cuello largo y suave y un rostro que era preciso mirar dos veces para estar seguro de que era real.

Simón suspiró al darse cuenta de que no había ningún peligro inmediato.

—Bueno —exclamó—. ¿Quién demonios es usted?

No replicó. Se apoyó en la mesa para dominar el temblor de sus piernas y al final se dejó caer sentada en el sillón basculante.

Simón avanzó hasta colocarse junto a ella.

—¿Prefiere que llame a la policía? Voy a hacerlo ahora mismo si no tiene una explicación condenadamente buena para justificar su presencia aquí.

Ella jadeó sin voz, dominando su miedo a duras penas.

—¡Por favor, no...! —musitó.

Tenía unas piernas largas y asombrosamente bellas que distrajeron la atención de Simón Dancer durante largos instantes.

—Bien, ¿responde o no?

Ella le miró. Sus grandes ojos oscuros eran profundos y llenos de miedo.

—Usted no lo comprendería.

—Soy capaz de comprender cualquier cosa, excepto el idioma chino. Así que emiece a hablar. No vamos a perder toda la noche.

—Yo... supe que habían alquilado esta casa...

—Siga, pero sin rodeos o no terminaremos nunca.

—Era mi última oportunidad de encontrarlo —dijo ella como si eso lo explicase todo.

Simón dio un salto.

—¿También usted?

—¿Qué?

—¿Buscaba el cadáver quizá? Y en ese caso, ¿lo buscaba en los cajones de la mesa?

—¿Cadáver? —balbució la muchacha—. No... nadie pudo encontrarlo nunca.

—¿Entonces?

—Buscaba el dinero.

—¿Qué dinero?

—¿Pero usted... usted no sabe...?

—¡Maldita sea mi estampa! Lo único que sé es que alquilé esta casa para tener paz.

—Yo pensé...

—¡Condenación! Acabe de una vez.

—Creí que la había alquilado para buscarlo usted.

—¿Buscar qué, el cadáver o el dinero de que usted habla?

—El dinero. No puedo creer que escondiera el cuerpo aquí después de matarlo...

La cabeza de Simón empezó a dar vueltas.

—Cada vez que pronuncia usted más de tres palabras seguidas, lo complica todo. ¿Qué cadáver, qué dinero, y quién debía haberlo escondido?

Los ojos de la muchacha perdieron el temor para chispear llenos de rencor.

—¡La maldita harpía! —barbotó.

—Otro lío. ¿Quién es la harpía?

—¿De veras no lo sabe?

Él estuvo a punto de llevarse las manos a la cabeza.

—Todo lo que yo sé es que si alguien no lo remedia, voy a volverme más loco de lo que ya estoy. Empiece por el principio, ¿sí? Y ese principio incluye también su nombre.

—Soy Sylvia Longess.

Simón suspiró resignadamente.

—Supongo —dijo, cansado— que alguien debe saber, en alguna parte, quién es Sylvia Longess, pero me gustaría hacerle comprender que yo no tengo ese honor. ¿Es tan difícil de entender eso, primor?

La muchacha estaba tan nerviosa que ni le escuchaba. Retorcía

los dedos de una mano con la otra y parecía hallarse sentada sobre un asiento de clavos.

—El... él fue el padre de mi hijo.

—Su manera de aclarar las cosas es como para figurar en una enciclopedia. ¿Quién era el padre de su hijo?

—¿Quién iba a ser? El muerto, naturalmente.

—Naturalmente —murmuró Simón, con voz débil.

Retrocedió y se dejó caer sentado en una butaca.

—¿Es que no lo comprende?

—Seguro. Mire, mejor será que se calle, ¿sí? Un poco más y acabaré subiéndome por las paredes. Dígame solamente qué dinero es el que anda buscando y después lárguese.

—Seiscientos mil dólares.

—Así, ni más ni menos. Seiscientos mil pavos, y esperaba encontrarlos en un cajón de la mesa.

—¡No sea más estúpido de lo que parece! Ya sabía que no estaban aquí.

—Lo sabía... ¡Dice que lo sabía, pero estaba buscándolos!

—Pensé que quizá hubiera algo que aclarara su paradero. Ya sabe... una anotación, una llave de alguna caja de alquiler o algo así.

—O algo así. Mire, primor, váyase, ¿quiere? Lárguese de una vez. Yo puedo escribir cualquier cosa, pero si escribiera todo esto, me tomarían por loco. Ande, querida, sea buena y lárguese, por favor.

—¡Pero yo tengo derecho a ese dinero! —protestó la sugestiva muchacha. Luego rectificó a regañadientes—: Bueno, por lo menos a una parte de él.

—No voy a discutirle sus derechos. Sólo déjeme en paz, ¿sí?

Ella se levantó poco a poco. Se acercó a él mirándole como si lo viera por primera vez.

—¿Qué clase de hombre es usted? —masculló—. Le hablo de esa fortuna y ni siquiera me hace caso.

—No soy ambicioso, usted sabe.

—Todo el mundo quiere seiscientos mil dólares.

—Seguro.

—Menos usted, por lo que veo.

—Toda mi ambición se reduce a vivir en paz, en escribir lo que

se me antoje y en no verla a usted más por aquí. ¿Comprende?

—Ya veo...

—Lo celebro mucho.

—Ese desinterés por el dinero...

El sacudió la cabeza, impaciente.

Pero Sylvia Longess añadió con los dientes apretados:

—Quizá todo ese desinterés se deba a que ya lo encontré.

—¿Encontré qué?

—El dinero. Los seiscientos mil.

—Pensé que iba a decir que ya encontré el cadáver. A propósito, ¿de qué cadáver se trata, si no es ningún secreto?

—Ya se lo dije.

—¿Que usted me dijo...?

—El padre de mi hijo...

El suspiró. En esos momentos, Simón podía comprender a los pacientes santos de la Biblia.

—Muy bien —masculló—. Incluso el padre de su hijo tendría un nombre.

—Charles Gordon, por supuesto.

El volvió a bucear en las profundidades de su memoria, aunque no pudo captar nada que le aclarase el misterio. Estaba seguro que en todos sus cinco años de reportero no se había producido asesinato alguno en esa casa, ni el nombre de Gordon había surgido en relación con alguna información de este tipo.

—Charles Gordon —repitió, pensativo—. ¿Quién era él, además del padre de su hijo?

La muchacha dio un paso atrás y se dejó caer sentada en la butaca que había frente a la que ocupaba Simón.

—No puedo creer que usted no lo sepa.

—Ya dijo antes algo parecido.

—Charles era el propietario de esta casa.

—Y alguien le mató, ¿sí?

—¿Cómo que «alguien le mató»? ¡Fue la harpía de su mujer!

—¿Qué le parece? Su mujer, ¿eh?

—Trudy.

—Y por lo que llevo oído, ocultó el cadáver tan bien que nadie ha podido encontrarlo hasta ahora, ¿no?

—Así fue. Lo escondió en esta casa.

—¿Y ella?

—Poco tiempo después desapareció también.

El cabeceó.

—Magnífico.

—¿Qué?

—Es una linda historia. ¿Y cuándo sucedió eso?

—Hace casi seis años.

—¡No me diga!

—¿Está burlándose de mí?

—Poco más o menos. Aunque eso explicaría el que yo no recordase nada.

Buscó en sus bolsillos. Necesitaba desesperadamente fumar porque sus nervios amenazaban con saltar.

—¿Tiene un cigarrillo, nena?

Ella sacudió la cabeza.

—No traje bolso —murmuró.

—Necesito fumar o reviento. Todo esto es para volver loco a una estatua de piedra.

—Por favor, créame. Estoy diciéndole la verdad, y parte de ese dinero me pertenece.

—¿Por qué?

—Charles estaba pagándome quinientos dólares cada mes... para que mantuviera secreto lo sucedido entre él y yo, para que nadie supiera que era el padre de mi hijo.

—Ya veo. Pero se me ocurre que tardó usted mucho en decidirse a registrar esto en busca de la fortuna.

—Bueno, vine una vez, hace años. No encontré nada, aunque entonces estaba tan nerviosa que registré de cualquier modo. Ahora, al saber que alguien había alquilado la casa, se me ocurrió que debía intentarlo de nuevo. Era mi última oportunidad, sobre todo si usted la había alquilado con el mismo propósito.

—Tonterías. Ni siquiera tenía la menor idea de todo esto. ¿De veras no tiene un cigarrillo a mano?

—No.

—Tengo varias cajetillas arriba, en el dormitorio —masculló, levantándose.

Ella le siguió escaleras arriba. Simón encendió algunas luces a su paso, gruñendo entre dientes contra todo aquel lío que venía a

turbar la paz que había creído comprar al alquilar la gran casa.

Al llegar al dormitorio refunfuñó:

—De cualquier modo, se necesita ser idiota para pensar que hay un cadáver en esta casa, y más idiota todavía para imaginar que, además de un «tieso», hay también seiscientos mil dólares como propina...

Abrió la puerta. El dormitorio estaba a oscuras y tanteó la pared en busca de la llave de la luz.

La muchacha murmuró:

—¿Por qué eligió usted esta casa precisamente, si no andaba en busca del dinero?

—Porque el alquiler es bajísimo, y porque me gustó su tranquilidad.

—Pueden darla barata. Nadie ha querido alquilarla nunca...

Encendió la luz al fin. Dio dos pasos y se detuvo en seco. La muchacha, que le seguía, tropezó con su espalda y se detuvo también.

—¿Qué le pasa? —indagó, impaciente.

El extendió el brazo y señaló.

—Mire —jadeó sin voz.

Sobre las baldosas, al pie del lecho, el cadáver se desangraba por la horrible herida que casi separaba la cabeza del cuerpo.

Sylvia Longess dejó escapar un alarido y luego se desplomó a los pies de Simón. Faltó muy poco para que éste fuera a hacerle compañía...

CAPÍTULO III

El teniente Kovac no era precisamente un hombre ecuánime cuando tenía un cadáver a sus pies. Sus ojos grises saltaban del cuerpo y la sangre a los rincones de la gran habitación, para clavarse después en Simón y en la muchacha, que permanecían inmóviles a un lado.

Los expertos de la Brigada de Homicidios llevaban a cabo su trabajo con silenciosa eficacia. Más allá, el sargento Mallows revisaba el revuelto contenido del armario.

Kovac gruñó:

—¿Alguien se acordó de avisar al matasanos?

—Yo lo hice —dijo el sargento—. No puede tardar en llegar.

Uno de los hombres que estaban inclinados sobre el cadáver masculló:

—No lleva ningún documento, teniente.

—¿Etiquetas en las ropas?

—Tampoco.

—Va a ser un buen dolor de cabeza.

Eso era justamente lo que opinaba Simón, aunque no lo expresó en voz alta.

Sólo la muchacha musitó:

—Tener que suceder eso cuando yo...

—¡Cierre la boca, monada! —bufó el sargento—. Ya hablará cuando el teniente le pregunte.

Simón dijo:

—No tiene derecho a tratarla así. No es el primer suceso que presencio y sé cuáles son nuestros derechos.

—Todo el mundo tiene derechos —cacareó el sargento Mallows, casi con alegría—. Hasta nosotros... de vez en cuando.

Kovac se volvió.

—Usted, Dancer, venga aquí.

Simón se acercó a regañadientes.

—Mire bien a ese tipo y dígame si lo vio antes alguna vez.

—Ya dije antes que no.

—¡Mírelo, maldita sea!

Simón miró. Una vez más, su estómago pegó una sucesión de saltos ante la espantosa visión del sangriento tajo, y de la cabeza casi separada del resto del cuerpo.

El muerto había sido un hombre como de cuarenta y cinco años, de rostro afilado y cabellos espesos.

—No —dijo—. Jamás lo vi antes.

—¿Seguro?

—Completamente.

—Usted es un reportero de sucesos, Dancer...

—Era.

—¿Qué?

—Renuncié a mi empleo.

El teniente Kovac pasó los dedos por su revuelta pelambreira.

—Dejó el empleo y alquiló esta casa —murmuró como hablando consigo mismo—. Y al llegar aquí alguien le corta el cuello a ese tipo. Además, aún no ha explicado la presencia de su linda amiga.

Simón abrió la boca, pero Sylvia se le anticipó.

—Vine con él —dijo precipitadamente—. Somos amigos y me invitó a un trago para celebrar que tenía una nueva casa.

Simón olvidó cerrar la boca.

Kovac enseñó los dientes en una mueca.

—Gente más amable —rezongó—. ¡Mallows!

El sargento dio un respingo.

—¿Qué pasa?

—Vete a la cocina y trae algo de beber. Debe haber un refrigerador en alguna parte.

Mallows salió refunfuñando.

Hubo algunos chispazos producidos por los fotógrafos de la policía.

Después, un hombrecillo de aspecto lúgubre entró pisando con tanto cuidado como si anduviera por encima de un delgado cristal.

Kovac gruñó:

—¿Dónde demonios estaba usted, doc?

—Destripando un fulano. ¿Cree que no tengo otra cosa que

hacer que correr detrás de ustedes?

—Aquí tiene otro al que deberá rajar cuando lo lleven al depósito.

Inclinándose, el forense comentó:

—Le hicieron un trabajo muy chapucero, teniente.

—No es una obra de arte, ya lo sé.

Simón tragó saliva con dificultad. El médico agarró los cabellos del muerto y le ladeó la cabeza. Casi se quedó con ella en la mano.

—No tengo nada que hacer aquí —dijo—. Le mataron hace menos de una hora y utilizaron un cuchillo endiabladamente afilado. Es todo.

—Me gustaría ganarme el sueldo tan fácilmente como usted —comentó el teniente, de mal humor.

—¿Fácilmente? Dígale eso a mi mujer, ¿quiere? Me hará un favor.

Se levantó, paseó un instante la mirada entre todos los que estaban allí y salió zumbando.

En la puerta casi tropezó con el sargento Mallows.

Éste gruñó:

—Hay un refrigerador modelo de diez años atrás por lo menos. Vacío. No ha funcionado en años. Está desconectado además.

—¿Y bebidas?

—Agua en todo caso. Suponiendo que funcione la instalación, que tampoco es seguro.

Kovac se volvió hacia Simón.

—¿Oyó eso?

—Seguro.

—¿Con qué pensaba invitar a su linda amiga, o tiene los licores tan bien escondidos que Mallows no supo hallarlos?

—Bueno, quizá la chica tenga también una buena explicación para ese detalle —masculló Simón.

Sylvia suspiró.

—Por lo menos lo intenté —dijo resignadamente—. Está bien, teniente, le diré la verdad.

Contó lo mismo que Simón ya sabía. Cuando terminó, los dos policías estaban mirándola con el ceño fruncido y la incredulidad reflejada en sus caras.

—¿Ésa es la verdad? —farfulló el sargento.

—¿Qué dice usted, Dancer?

—Es lo mismo que me contó a mí. Por lo demás, es cierto que la sorprendí registrando la mesa de la biblioteca.

Kovac volvió a alborotar su ya revuelto cabello. —Más despacio —masculló—. ¿Ella estaba ya en la casa cuando usted regresó?

—Seguro.

—Ajá. ¿No oyó usted nada aquí arriba, mientras se dedicaba al registro?

—Nada —aseguró la muchacha.

—Sin embargo, no cabe duda que ese desgraciado ya estaba aquí mientras usted se entretenía abajo... o mismo cabe decir del asesino.

Ella se estremeció.

—No me lo repita —jadeó—. ¿Quiere decir que al tiempo que yo estaba en la biblioteca, este hombre era asesinado aquí arriba?

—Con toda seguridad.

—¿Y que el asesino estaba aquí al mismo tiempo que yo?

—Puede afirmarlo.

La muchacha cerró los ojos, estremeciéndose. Kovac, desentendiéndose de ella, atendió a sus hombres que ya habían terminado con las fotografías y el levantamiento de huellas dactilares en toda la habitación.

—¿Nada? —rezongó el teniente.

—Creo que no, teniente. Hay huellas en el armario y en esa silla, pero por lo que sabemos deben pertenecer al señor Dancer... Lo comprobaremos ahora.

—Está bien.

Obligarón a Simón a estampar sus huellas en sendas tarjetas debidamente rotuladas. No tardaron ni dos minutos en comprobar que se trataban de las mismas levantadas en la habitación.

Kovac refunfuñó:

—No podíamos esperar que el asesino nos diera facilidades. Avisen a los de la ambulancia para que se lleven el cuerpo.

Quedaron sólo el sargento, Kovac, Simón y la muchacha.

Ésta susurró:

—No pueden acusarme de nada. Después de todo no robé ni un centavo.

—Sólo de allanamiento si Dancer formaliza la denuncia —le

recordó el teniente, ceñudo.

Ella miró a Simón con una súplica alentando en sus ojos.

El sargento Mallows añadió:

—Además de forzar la entrada al parque y a la casa, naturalmente.

—¡Eso no! —exclamó Sylvia—. Encontré las puertas sin cerrar con llave.

Kovac dijo:

—Usted asegura que las cerró, ¿no es eso, Dancer?

Simón cabeceó.

—Entonces, alguien las abrió... con las llaves correspondientes —dijo el teniente—. O el asesino, o ese desgraciado.

—El asesino —rezongó Simón—. Sus hombres no le han encontrado nada en los bolsillos a ése.

—Puede haberse llevado las llaves, si era el muerto quien las tenía.

—Lo cual equivale a decir que el maldito matarife puede entrar cuando se le antoje...

Kovac sonrió.

—No es una perspectiva agradable, ¿eh, Dancer?

—Dígamelo a mí.

—¿Va usted a denunciar a esta dama, sí o no? Está en su derecho si lo hace.

Simón miró a la asustada muchacha. Sacudió la cabeza.

—Prefiero olvidar todo este desgraciado episodio.

Ella sintió tentaciones de abrazarlo. Kovac se encogió de hombros. El sargento soltó un gruñido de disgusto. Estaba impaciente por arrestar a alguien.

Ella musitó:

—Gracias, señor Dancer... nunca lo olvidaré.

—Estoy harto de embrollos, eso es todo. Necesito paz para trabajar.

—Mallows, anota las señas de la señorita Longess y que se vaya —ordenó Kovac.

Antes de irse, la muchacha estrechó la mano de Simón. Éste sintió un ligero estremecimiento al sentir el prolongado contacto de una piel como la seda, cálida y suave.

Después, ella y el sargento salieron.

Kovac refunfunó:

—Me gustaría estar seguro de que usted ha alquilado realmente esta casa «sólo» para trabajar, Dancer...

Antes que éste pudiera replicar, los enfermeros entraron trayendo una camilla. Ninguno habló hasta que hubieron salido llevándose el cadáver. La mancha de sangre que quedó en el suelo se le antojó a Simón algo tan lúgubre y tétrico que nunca más podría borrarla de su imaginación.

—¿Oyó lo que dije? —insistió Kovac.

—¿Por qué otro motivo?

—Los seiscientos mil de que habló la chica, ¿recuerda?

Había sarcasmo en su voz, pero Simón lo pasó por alto.

—No supe nada de todo esto hasta que ella me lo contó. Le repito que la alquilé por su precio tan bajo y porque me gustó cuando la vi.

—Usted ha sido un reportero hasta hace unas horas. Podía haber encontrado un rastro en su propio trabajo...

—Pero no fue así. Empecé a trabajar en *The Globe* un año después de que el dueño de esta casa fuera asesinado, de modo que ni siquiera había oído su nombre hasta esta noche. Tenga en cuenta que cuando empecé lo hice como meritorio de redacción. Estuve dos años, antes no publiqué mi primer reportaje.

—Ya veo...

—Por lo demás, no creo que haya esa fortuna aquí, y menos un fiambre. ¡Después de tantos años...!

Kovac enseñó los dientes en una mueca.

—Ahí es donde posiblemente se equivoque, Dancer; por lo menos en lo que al cadáver se refiere. Charles Gordon fue asesinado por su mujer, y jamás se encontró su cuerpo, así que sume usted dos y dos y verá a la conclusión que llega.

—Dos y dos pueden sumar cinco algunas veces. Si ella lo liquidó pudo ocultar el cadáver en cualquier parte.

—Charles Gordon era corpulento, casi tanto como usted. Y la dama era una personita deliciosa, frágil y bella, de modo que no hay ni que soñar en que pudiera trasladar un corpachón tan pesado de un lado a otro.

Simón notó un ligero frío en la espalda.

—Pero ustedes lo buscaron...

—«Yo» lo busqué —soltó Kovac entre dientes—. Era sargento entonces. Sólo nos faltó echar abajo las paredes, pero no pudimos hallar ni el menor rastro... excepto la sangre.

Dancer pegó un salto.

—¿Qué sangre?

El policía no cabía duda que se divertía.

—Estaba en el lavabo y en la bañera, amigo. Bueno, la habían lavado bien, pero es muy difícil hacer desaparecer huellas de sangre cuando intervienen los chicos del laboratorio. Encontraron toda la que quisieron en los desagües, ¿entiende? No hay duda de que alguien fue brutalmente asesinado aquí.

—¿Y no detuvieron a la mujer?

Kovac alborotó furiosamente su pelambrera.

—Se la interrogó. Era una dama con un aplomo soberbio. No se contradijo ni una vez y decidimos darle cuerda. Le dimos demasiada. Arrambló con todo el dinero que pudo reunir, incluso con el poco que quedaba en la cuenta de su marido, y se esfumó. Y hasta ahora.

—De cualquier modo, no ha sido ella quien ha matado al tipo que acaban de llevarse... no es propio de una mujer cortarle el cuello a un hombre cara a cara.

—A menos que el hombre confíe en la mujer que se dispone a matarlo, en cuyo caso le daría la espalda sin recelar.

Simón notó cómo el frío que sentía descendía unos grados más.

—Hay otra cosa que me intriga —dijo, ansiando desviar el tema—. Yo he alquilado esta casa, y según parece era propiedad de Charles Gordon. El agente de bienes raíces tenía todos los documentos en regla... ¿Quién autorizó el alquiler?

—Eso lo averiguaré en cuanto salga de aquí. ¿Va a quedarse usted, o dormirá en un hotel?

Simón titubeó. Aspiró hondo... muy hondo.

—Me quedo —gruñó—. He pagado el alquiler de un año. No pienso tirar mi dinero.

—Okey, está en su derecho. Ya nos veremos. Y un consejo, Dancer... Por la mañana llame a un cerrajero y haga que cambien todas las cerraduras.

—Eso ya se me había ocurrido a mí.

Kovac estrechó su mano y se fue.

Abajo, el sargento Mallows fumaba plácidamente. Cuando les vio aparecer en la escalera explicó:

—La chica tenía un coche estacionado fuera... un auto tan viejo como mi abuela. No parece que las cosas le vayan demasiado bien, ¿eh?

—¿Tomaste la matrícula?

—Hombre, claro que la tomé.

—Está bien, vámonos.

—¿Él se queda aquí esta noche? —Pareció asombrarse el sargento.

—Eso dice.

—Apuesto que no pega un ojo.

Los dos policías se fueron hablando en voz baja.

Simón cerró la puerta tras ellos y se quedó quieto durante unos largos minutos. La casa se le antojó amenazadora y siniestra entonces.

Dio vuelta a la llave. Luego se encerró en la biblioteca, se tumbó sobre el enorme diván y trató de dormir.

Sólo que el sargento Mallows tuvo razón y no pegó ojo en toda la noche...

CAPÍTULO IV

Alrededor de las once de la mañana, Simón termino de arreglar la biblioteca dejándola poco más a menos como siempre había soñado que sería su lugar de trabajo.

Faltaban algunos detalles todavía, como el mueble-licorero, del que echar un trago de vez en cuando, pero todo se andaría.

Encendió un cigarrillo. Plantado ante el ventanal francés dejó vagar la mirada por el descuidado jardín. Recordó el ofrecimiento de su amable vecina. Aquello podía convertirse en algo realmente agradable en cuanto estuviera cuidado.

Entonces oyó la llamada del carillón que resonó armoniosamente desde el vestíbulo.

Dio un salto, asombrado quizá porque era la primera vez que alguien llamaba a la casa.

Corrió a la entrada y abrió la maciza puerta.

No vio a nadie.

Salió y escrutó los alrededores, a ambos lados. Allí no había nadie en absoluto.

Perplejo, se disponía a regresar al interior, un tanto escamado, cuando el carillón repiqueteó una vez más. Sólo entonces cayó en la cuenta que la llamada debía proceder de la verja de entrada.

Atravesó el jardín abriéndose paso entre la maleza. Había un hombre al otro lado del portón de hierro.

Era de mediana edad, alto y delgado, con la piel tostada por el sol. Sus ojillos eran apenas dos rendijas brillantes que parecían chispear llenos de malicia.

—¿Es usted el nuevo inquilino? —cacareó, echándose el sombrero hacia atrás.

—Seguro. Pero si vende usted algo equivocó el camino.

El hombre esbozó una mueca.

—Me llamo Salisbury. Soy el jardinero.

—¡Oh, ya veo!

—La señora Forsite dijo que usted tenía trabajo para mí.

—¡Ya lo creo que sí!

Abrió la verja. El hombre entró, mirando con sus ojillos alegres la espesura que crecía por todas partes.

—Eso llevará tiempo —rezongó—. Es un trabajo endiablado.

—Lo imagino.

—¿Cuándo empiezo?

Simón se encogió de hombros.

—Cuando quiera. Estoy impaciente por ver esto un poco ordenado.

—Entonces, ahora mismo.

—Pero no ha traído usted herramientas...

—¿Traerlas? Hay todo lo que pueda necesitar en el garaje.

—¿Qué dijo?

—Habló buen inglés, imagino. Hay todas las herramientas necesarias en el armario del garaje, el que está al fondo, a un lado del banco de trabajo.

—No me diga. ¿Cómo diablos lo sabe usted?

—Caray; era yo quien cuidaba este jardín antes de... antes del... Bueno, de lo que pasó, ya sabe.

—Entiendo. Bueno, ya sabe lo que tiene que hacer en este caso. Cuando tenga un momento limpie también la piscina. Me gustaría poder llenarla pronto.

—Lo haré, descuide.

Simón le dejó camino del garaje y él regresó al interior. Apenas había cerrado la puerta cuando oyó zumbar el teléfono del despacho.

Lo descolgó, preguntándose quién diablos sería el que llamaba justamente cuando acababan de conectarle la línea.

—¡Hable! —exclamó—. Aquí, Dancer.

—¿Qué tal se le dio la noche?

—Fatal. ¿Quién es usted?

—Kovac.

—Ah, hola, teniente.

—Pensé que le gustaría saber que el alquiler de la casa es perfectamente legal.

—Me alegro, por supuesto.

—El agente de bienes raíces tiene una autorización firmada por la señora Gordon... Firmada antes de desaparecer, hace seis años.

—¿No es un tanto sorprendente eso, teniente?

—No, si tenemos en cuenta que recibió cuatro mil dólares como anticipo de futuros alquileres.

—Ya veo.

—¿Ha habido alguna novedad desde que le dejé?

—Ninguna, afortunadamente.

—Bien, llámeme si algo ocurre.

Colgó. Ya era hora de empezar a preocuparse del trabajo. Había dado una fecha determinada al editor y no podía permitirse el lujo de dejar incumplido su primer compromiso como escritor.

Se sentó ante la mesa. Había instalado la máquina de escribir sobre una mesilla metálica transportable. Había papel y el legajo con las notas, esbozos de diálogo y todo lo demás que había preparado durante mucho tiempo.

Una hora más tarde seguía inmóvil, sin haber adelantado una pulgada en el camino de su creación. Por más que luchaba por concentrarse en el trabajo, lo sucedido desde que entró en la casa dominaba su mente, llevándola por derroteros inquietantes.

Se levantó, disgustado. Fuera, oía el ruido del jardinero cavando para arrancar las malas hierbas. Deseó poder arrancar con igual facilidad las ideas que estorbaban sus propósitos.

De nuevo el teléfono cobró vida. Descolgándolo, rezongó:

—Habla Dancer.

—Soy Sylvia.

—Hola, ¿encontró sus seiscientos mil?

—No se burle. Quería darle las gracias por no haber formalizado la denuncia contra mí.

—Olvídelo. Tuvo usted suficiente con el susto que se llevó.

—Y usted que lo diga. ¿Sin rencor?

—¿Por qué habría de quedar algún rencor? Soy un tipo sencillo, pacífico. No me gustan los líos.

Oyó una risita suave al otro extremo de la línea.

—Pues parece que se metió usted en un avispero de todos modos. ¿Va usted a buscarlo?

—¿Qué?

—El dinero.

—Oiga, no vuelva a las andadas. No hay ese dinero esta casa, métase eso en la cabeza. El teniente me dijo que la habían registrado a fondo y no encontraron nada.

—Ellos buscaban un cadáver, no un paquete de billetes, o la clave para encontrarlos.

—Demasiado complicado.

—Pero ¿los buscará usted?

—¡No, maldita sea!

—Está bien, no la tome conmigo...

—¿Eso es todo lo que quería decirme?

—Nada más. A menos que volvamos a vernos alguna vez, claro.

—Mire, usted es una chica encantadora, pero yo tengo muchas preocupaciones por el momento, así que lo dejaremos para más adelante.

—Se me antoja que es usted un ave fría, ¿no?

Sonó un chasquido y Simón devolvió el auricular al soporte.

Intentó trabajar sin conseguirlo. Era desesperante, pero sus ideas no fluían.

Levantándose, dio un largo recorrido por toda la casa, familiarizándose con su distribución, sus estancias polvorientas, sus pasillos, el sótano desierto, a excepción de las calderas de calefacción y agua caliente.

Al mediodía salió a comer y cuando regresó por la tarde el jardinero ya se había marchado. Una buena porción de jardín aparecía limpio de maleza.

Distribuyó las provisiones que había comprado, casi llenando el viejo refrigerador. Las botellas de licor las colocó en el mueble-bar que había en la sala principal, de grandes proporciones.

Como cada vez que entraba en el dormitorio, su mirada fue directamente a la huella que la mancha de sangre dejara sobre el suelo.

La había lavado lo mejor que supo, pero a pesar de todo le parecía estar viéndola continuamente.

Procuró no mirar hacia los pies de la cama y colgó la chaqueta en el armario. Tomó los paquetes de cigarrillos y regresó a la planta baja.

Cuando entró en el despacho dio un brinco al ver al hombre sentado confortablemente en una butaca.

—Bueno —estalló—. ¿Qué demonios hace usted aquí?

El individuo se enderezó. Era de baja estatura, delgado y de rostro pálido en el que brillaban unos ojos fulgurantes.

—Me cansé de esperar —dijo el desconocido.

—No debió cansarse mucho en ese butacón. ¿Por dónde entró?

—¿Por dónde entra la gente en las casas? Por la puerta, naturalmente.

—Me pregunto si esto es una casa o la biblioteca pública de la ciudad... No me diga que la puerta estaba abierta.

—No.

—Ajá.

—Tengo una llave, por supuesto.

—¡Qué cosas! Todo el mundo tiene llaves de esta casa.

—Mi nombre es Hale, ¿sabe usted? Stan Hale.

—Albricias. Permítame...

Descolgó el teléfono y marcó el número de la central de policía. Cuando descolgaron al otro lado dijo:

—Quiero hablar con el teniente Kovac. Aquí Simón Dancer.

Miró de reojo al visitante por si iniciaba algún gesto agresivo, pero el tipo seguía sentado con toda calma.

La voz del policía gruñó:

—¿Qué le pasa, Dancer, tiene otro cadáver entre manos?

—Esta vez se trata de alguien vivo. Alguien que tiene llaves de esta casa.

—¿Está ahí ahora?

—Seguro.

—Reténgalo, voy inmediatamente.

—Bueno.

Colgó.

Stan Hale sonrió ligeramente.

—Espero que ahora se sienta mejor, Dancer.

—Mucho mejor.

—¿Por qué?

—Usted sabe... el asesino también tenía una llave de la puerta.

—Si yo fuera el asesino de que habla, le hubiera liquidado en cuanto descolgó el teléfono.

Simón tragó saliva con dificultad.

—No haga chistes —gruñó—. No tiene nada contra mí.

- Tal vez no. He venido para estar seguro.
- ¿Seguro de qué?
- De que usted no piensa resucitar el viejo estiércol.
- Perplejo, Dancer se dejó caer sentado tras la mesa.
- Maldito si entiendo una palabra...
- Le repito que mi nombre es Hale.
- Y el mío Dancer. Estamos empatados.
- No puedo creer que usted ignore cómo se llamaba ella.
- ¿Quién? Le aseguro que estoy a oscuras.
- Trudy.

La mente de Simón necesitó de un par de piruetas antes de localizar el nombre.

—¡Trudy Gordon! —exclamó.

—Trudy Hale, de soltera.

—Ya veo. ¿Su hermana?

—Sí.

—Qué cosas. Al parecer, voy a conocer toda su familia...

—Ensuciaron bastante su nombre entonces. He sabido que es usted un reportero, de modo que déjeme decirle que si intenta resucitar el caso ahora, le ajustaré las cuentas, ¿sabe? Ella era una buena chica.

—Muy buena, pero despachó a su marido.

—Ella no lo mató —dijo Stan Hale con calma.

—Al parecer, es usted el único que cree eso.

—La conocía bien. Trudy era una chica dulce, hermosa y delicada. Jamás hubiera matado a nadie.

—Cuénteselo a los polizontes. A mí todo esto maldito si me interesa.

—Entonces, ¿por qué alquiló usted la casa?

—Lo he repetido demasiadas veces ya. Sólo quiero esta casa para trabajar en paz, aunque empiezo a creer que me equivoqué.

—No le creo, amigo.

—Está bien, ¿a quién le importa lo que usted crea?

—Me importa a mí. ¿O se propone descubrir el cadáver y conseguir un triunfo sensacionalista?

Simón suspiró con resignación.

—Si alguien menciona otra vez ese escurridizo cadáver creo que empezaré a gritar.

Sin hacerle caso, Hale añadió:

—¿O es el dinero lo que persigue?

—Otro.

—¿Cómo dice?

—Otro chiflado. Seiscientos mil dólares, ¿eh?

—De modo que es eso...

—Seguro. Hasta la noche pasada no supe una palabra, pero empiezo a interesarme.

—No existe ese dinero. Gordon se arruinó antes de desaparecer. Lo sé muy bien porque Trudy me contó sus dificultades. Después, ella también se esfumó... el mismo que mató a Gordon debió asesinarla a ella...

—Ésa es otra versión. Así que no había dinero por en medio, ¿eh?

—Ni un centavo.

El carillón dejó oír sus largas notas. Simón se levantó de un salto. Hale sonrió.

—Su amigo polizonte seguramente. Vaya a abrir.

Esperaré.

Kovac, seguido del sargento Mallows, llegó a la biblioteca a paso de carga. Simón entró tras él y le vio detenerse en seco al reconocer al imperturbable visitante.

—De modo que es usted —rezongó el policía—. Debí imaginarlo.

—Hola, teniente.

—¿Ha tenido noticias de su hermana en esos últimos tiempos?

Hale se encogió de hombros.

—Le dije que mi hermana había muerto.

—Lo dijo hace seis años y pico. Recuerdo su historia...

—Si ella viviera se hubiera puesto en contacto conmigo.

—Tal vez lo hizo. ¿No?

Stan Hale sacudió la cabeza.

—Usted sigue creyendo que ella es una asesina...

—Seguro.

—Mi hermana no mató a nadie.

—Recuerdo que una discusión semejante a ésta se prolongó más de una hora, por aquellos tiempos Olvidémoslo. Sólo dígame por qué entró aquí y cómo es que posee usted una llave.

—Me la dio Trudy mucho antes de desaparecer.

—¿Después que hubiera desaparecido su marido?

—No, antes... Mucho antes.

—Démoslo por bueno. ¿Por qué entró?

—Quería hablar con el nuevo inquilino. Supe que era un reportero, ¿entiende?

—Francamente, no.

—No quiero que vuelvan a ensuciar el nombre de mi hermana, eso es todo.

—Tipo más considerado... No obstante, sabemos que usted y su hermana no se llevaban lo que se dice muy bien, ¿eh?

—Cosas de familia.

—Estuvieron años sin hablarse... Enemistados. Profundamente distanciados.

—Eso es verdad hasta cierto punto solamente.

—Y ahora, después de más de seis años, viene usted aquí, arriesgándose a ser acusado de allanamiento, sólo para asegurarse de que un reportero no intenta desenterrar el viejo caso... Un caso que ha revivido precisamente con otro asesinato.

—Lo oí en la radio, pero no creo que vaya a cargárselo también en la cuenta de mi hermana.

Kovac suspiró.

—Nada me gustaría tanto —dijo chirriando los dientes—. Su hermana me ha amargado seis años de mi vida, porque es el único caso de toda mi carrera que hube de dejar sin resolver. Eso no es agradable para ningún policía.

Hale sacudió la cabeza.

—Ningún policía puede resolver un caso tratando de acusar a un inocente de un crimen que ni siquiera se probó que lo fuera.

—No tergiversar las cosas, Hale. ¿Dónde estaba usted anoche?

—En mi casa, naturalmente.

—¿Con quién?

—De modo que no tiene ni la sombra de una coartada...

—¿Cree usted que la necesito?

—Posiblemente sí. Ya sabrá por qué.

—Tonterías.

Kovac dirigió la mirada hacia Dancer.

—¿Qué hacemos, lo acusa usted o qué?

—Lo único que voy a hacer será cambiar todas las cerraduras de la casa. Está volviéndose monótono eso de encontrar desconocidos esperándome cuando regreso.

—Como quiera. Y usted escuche bien, Hale: voy a investigar a su alrededor hasta encontrar cualquier cosa que me permita enchiquerarle una temporada... o mandarlo a la cámara de gas de San Quintín por lo de anoche.

Stan Hale suspiró.

—Ya intentó cargar a mi hermana con un asesinato. Otro para mí y su carrera ascenderá como un cohete... Por menos de un centavo me echaría a reír, polizonte.

Hale se levantó. Sus ojos chispeaban de ira a pesar del sarcasmo con que había hablado.

Plácidamente, Kovac dijo:

—Tuvimos una visita aquí, anoche. Además del asesino y su víctima, quiero decir. Esa personita buscaba seiscientos mil dólares en la casa. ¿Qué le parece eso, genio?

Stan Hale se quedó sin habla. Simón encendió un cigarrillo y se fijó en el brillo de aquellos ojos chispeantes.

—¿Es una nueva clase de broma, teniente? —masculló al fin.

—Seiscientos mil pavos. Y todo el mundo cree que su cuñado estaba arruinado.

—¡Lo estaba! Se arruinó en sus últimos tiempos. Incluso trató de falsear su contabilidad con la esperanza de alargar un poco más su final. Si hubiese tenido seiscientos mil dólares...

—¿Qué, Hale, qué iba a decir?

—Nada.

Kovac sonrió como un zorro. Estaba divirtiéndose al parecer.

—Hicimos algunos descubrimientos muy interesantes, después que todo terminó con la desaparición de su hermana. Ese falseamiento de la contabilidad es cierto... más, de un millón de dólares... Exactamente, un millón setecientos mil que su alegre cuñado hizo desaparecer por su mala cabeza. Los acreedores se resarcieron con la fábrica y los géneros que encontraron almacenados... Géneros de mala calidad y descuidada presentación. Bueno, y ahora sale una persona que busca seiscientos mil machacantes contantes y sonantes, y alguien entra aquí y se hace asesinar, y después aparece usted con una llave para defender el

buen nombre de su hermana. Dígame si no es para preocupar a cualquier pobre polizonte, ¿eh, Hale?

El chaparrón dejó aturdido a Stan Hale como si acabara de golpearle en la mandíbula.

Con voz mucho más débil que antes balbució:

—Insisto en que mi hermana no mató a nadie.

—Ésa es su opinión. Ya volveremos a vernos pronto usted y yo, Hale. Ahora, deje la llave de esta casa sobre la mesa y lárguese.

El hombre se levantó como si hubiera envejecido de repente. Dejó la llave encima del escritorio, miró de través al silencioso Simón y sin una palabra se encaminó a la puerta.

Mallows rezongó, hablando por primera vez:

—Ese fulano necesita un buen repaso, teniente. ¿Quiere que me ocupe de él a ver qué saco?

Kovac sacudió la cabeza.

—No tenemos nada concreto de que acusarlo... Por lo menos, hasta establecer dónde estuvo realmente anoche. Encárgate de eso solamente.

—Muy bien.

El sargento se fue tras el abatido Hale. Simón gruñó:

—¿Qué le parece si me cuenta toda la historia de los Gordon y sé a qué atenerme de ahora en adelante?

—¿Para qué? O la averigua sobre la marcha o se queda al margen... Recuerde las cerraduras de todos modos.

Al quedar solo, Simón maldijo su perra suerte. Dio un melancólico vistazo a sus papeles, a la máquina de escribir y todo lo que había preparado. Suspiró y dando media vuelta salió de la estancia.

El jardín, bajo las primeras sombras del crepúsculo, volvió a antojársele tan lúgubre como un cementerio.

Despacio, dándole vueltas en la mente a lo que estaba sucediendo, se encaminó a la verja. Ya era hora de que diera las gracias a su vecino por haberle mandado el jardinero.

Había dado apenas seis pasos cuando un arma retumbó como un trueno y algo zumbó al pasar junto a su oreja.

Simón dio un brinco y se dejó caer detrás de un árbol. Todavía hubo otro estampido y la bala arrancó un pedazo de corteza del tronco antes de perderse con un aullido lastimero.

Pegado a la hierba, Simón esperó el tercer y definitivo disparo.
Pero éste no se produjo.

CAPÍTULO V

Simón se arrastró entre los arbustos dirigiéndose a la salida del parque, allí donde habían sonado los disparos.

Más allá del seto, una voz de mujer gritó:

—¿Qué fue eso? ¡Señor Dancer! ¿Me oye?

En la calle, el motor de un coche rugió, alejándose velozmente. Simón se levantó sacudiéndose los pantalones.

—Tranquícese, señora Forsite, estoy bien.

—¿Quién disparó?

—Le aseguro que me gustaría mucho saberlo, pero sea quien sea ha huido.

Vio a la mujer encaramada en el mismo lugar que la primera vez que la viera. A pesar de la penumbra, advirtió que estaba pálida y que sus ojillos vivos relucían de excitación.

—¿Tiraron contra usted, realmente? —indagó.

—Seguro.

—¡Qué excitante!

Simón opinó que la cosa tenía poco de excitante por lo que a él atañía.

—¿No vio usted nada, señora? —preguntó.

—Ojalá me hubiese asomado antes. Oí el primer disparo y vine hacia aquí. Luego hubo otro, pero al mirar por aquí encima no pude ver a nadie. ¿Desde dónde le dispararon?

—Desde la entrada de la verja. El maldito tipo se precipitó un poco. Si hubiera esperado, a estas horas yo estaría frío, porque me dirigía justamente a cerrarla.

—Ha tenido mucha suerte... ¿Va a llamar a la policía?

—Lo curioso es que la policía acaba de salir de aquí. Bueno se pondrá el teniente cuando le llame otra vez...

—Me parece que su llegada ha inquietado a mucha gente, señor Dancer... Quizá temen que usted lo encuentre.

—¿El cadáver?

—O el dinero. Corrió el rumor de que había una fortuna escondida también en alguna parte.

—Si no lo han encontrado en seis años, opino que ya es un poco tarde para buscarlo ahora.

—De cualquier modo, su estancia va a ser algo muy interesante, para decirlo de algún modo.

—Eso es decir poco. Y ya empiezo a cansarme de todo esto... Soy un tipo pacífico, pero todo tiene un límite, ¿sabe?

Ella asintió comprensivamente. Simón añadió:

—Quería agradecerle que me haya enviado el jardinero, señora Forsite. En cuanto a la mujer que...

—Lo siento —dijo su vecina—. Flora no quiere ni oír hablar de entrar en su casa, señor Dancer. Oyó la noticia por radio, ¿comprende? Se asustó.

—Eso es un contratiempo. Habré de acudir a una agencia. De todos modos, muchas gracias por todo.

—Por favor...

—¿Sí?

—Recuerde que si lo encuentra usted me gustaría mucho saberlo.

—El cadáver, naturalmente...

—Eso es.

—Lo recordaré.

Simón estaba seguro que de seguir así jamás podría olvidarlo. Aquel maldito cadáver gravitaba sobre su cabeza como la famosa espada de Damocles...

A primera hora de la mañana entró en una armería y pidió un revólver. El propietario del negocio le miró con ojo crítico.

—Supongo que posee usted licencia, señor —aventuró.

—Todavía no, pero la tendré en un día o dos.

El hombre vaciló. No estaban los tiempos como para desperdiciar una venta.

—¿Qué clase de revólver? —preguntó, titubeante.

—Cualquiera... un «38» estará bien.

—Es un arma poderosa... ¿Está seguro que quiere un revólver tan potente? Generalmente, la gente prefiere un «32», e incluso, si sólo es para protección, eligen uno de calibre «22». Tengo unas

«Berettas» que...

—Del «38» —insistió Simón, interrumpiéndole—. Si he de usarlo quiero que haga mucho ruido.

El armero enarcó las cejas. Era la primera vez que alguien le pedía un arma de tal calibre sólo para hacer ruido.

Acabó encogiéndose de hombros. Instantes después, Simón tenía ante sí cuatro modelos diferentes, todos de calibre «38». Se le antojaron enormes, barrigudos y letales.

Tres eran de cañón normal y el cuarto un «Colt Cobra» con un cañón que no llegaba a dos pulgadas.

—Éste —dijo sin titubear—. Me quedo con éste.

El «Colt Cobra», cuando lo empuñó, sede antojó tan poderoso como un «Bazzoka».

—Deme una caja de cartuchos también, y una funda para llevarlo en la axila.

El armero escribió los datos en el libro registro, tomó su filiación y le obligó a firmar todo ello, recomendándole:

—Tan pronto consiga usted la licencia, venga a verme. Es preciso registrarla junto con el arma.

—Muy bien.

Se quitó la chaqueta, fijando la funda axilar y comprobando después que el bulto apenas se notaba. Cargó el revólver con su dotación completa y lo enfundó, guardándose el resto de los cartuchos en el bolsillo.

Pagó y despidiéndose con un gesto abandonó la tienda. Se sintió mucho más seguro de sí mismo con aquel peso desacostumbrado basculando en su costado.

Anduvo hasta donde había dejado el coche y manejó por entre el tráfico, prometiéndose que si las cosas se ponían difíciles dispararía primero y preguntaría después.

Buscó un cerrajero y le encargó el cambio de cerraduras, tras lo cual volvió a la casa que tantos disgustos estaba proporcionándole dispuesto a iniciar el trabajo sin más demoras.

Encontró al jardinero atareado en su empeño de adecentar el parque. Le saludó a distancia y fue a encerrarse en su despacho, donde, tras despojarse de la chaqueta, se dejó caer sentado, tras la mesa.

El bulto del revólver con su funda le molestaba, así que con un

gruñido se lo quitó también, metiéndolo todo en un cajón.

Tras esto, tomó las notas y apuntes preparados no sin esfuerzo se enfrascó en su labor de creación.

La tranquilidad duró exactamente nueve minutos. El teléfono le hizo dar un respingo y soltar una maldición, todo a un tiempo.

—¡Dancer al habla! —gritó—. ¿Qué pasa ahora?

—Escúcheme bien, amigo, porque no repetiré ni una palabra.

Era una voz ronca, como si llegara a través de una serie de impedimentos puestos entre el auricular y el que hablaba.

Simón se enderezó de golpe.

—¿Quién habla? —chilló.

—Abandone esta casa, Dancer —dijo la voz—. Lárguese de ahí si quiere seguir viviendo. El próximo cadáver será usted si se obstina en vivir en un lugar maldito como éste.

—¡Condenación! No. No pienso dejar esta casa por nada del mundo.

—Entonces morirá, a pesar del revólver que se ha comprado y de la ayuda de los polizontes.

—¡El revólver! ¿Cómo diablos...?

—Yo lo sé todo respecto a sus, pasos.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Simón dejó el auricular con tanto cuidado como si fuera algo muy frágil.

La cosa estaba clara. Alguien quería que abandonase la casa, de lo contrario le mataría.

Se estremeció. Pero al mismo tiempo un ramalazo de ira le inundó como una marea. Ya estaba harto de dejarse zarandear como un muñeco.

Dio una melancólica mirada a los papeles, sabiendo que no podría hacer nada con ellos mientras no pudiera librarse de aquella endiablada pesadilla.

Así que volvió a sujetarse el arnés del revólver, se puso la chaqueta y se dirigió a la puerta.

Sin embargo, se detuvo antes de cruzarla. Pensó que la advertencia del teléfono no era un juego ni mucho menos, y en que era indudable que le tenían vigilado.

Esa idea le produjo escalofríos. Saber que unos ojos implacables fiscalizaban todos sus pasos era una sensación endiablada.

Retrocedió y salió por la puerta que daba a la parte posterior de la edificación. Oyó al jardinero en alguna parte por el lado de la piscina.

Dando un rodeo, llegó al seto que dividía su jardín y el de su vecina. En el extremo el ramaje no era tan espeso y se coló por él no sin sufrir algún que otro rasguño.

El jardín de la señora Forsite era tan pulcro, limpio y cuidado como su propietaria. Hermosas flores estallaban de color bajo el sol de la mañana.

Rodeó la casa sin ver ni rastro de su propietaria, pero en el interior escuchó el monótono zumbido de un aspirador.

Detrás había una calle estrecha que serpenteaba iniciando la subida a la loma. La valla, por aquel lado, era de madera y fácil de saltar. Simón brincó por encima y ya en la calle dio un vistazo arriba y abajo.

No había nadie a la vista. Suspiró, satisfecho, y echó a andar en busca de un taxi. Recordando sus éxitos como reportero, terminaría con la pesadilla a su modo de una vez por todas, hubiera o no un cadáver oculto en alguna parte.

Localizó un taxi en la primera esquina. Casi saltó dentro de él en marcha. El chófer ladeó la cabeza, un tanto sorprendido y gruñó:

—¿Adonde?

—Siga corriendo, he de buscar la dirección.

Rebuscó en sus bolsillos. Sus dedos se enredaron con los cartuchos dispersos y al fin encontraron lo que buscaba.

—Calle Monte Vista, siete, cero.

El conductor asintió, acelerando. Simón dio un vistazo por la ventanilla posterior, pero no pudo ver trazas de ningún posible seguidor...

Recostándose en el asiento, se preguntó cómo sería la casa de la muchacha y cómo le recibiría...

CAPÍTULO VI

En realidad, era un pequeño *bungalow* construido con piedra vista y madera. Ésta acusaba una notable falta de pintura, pero el reducido jardín que lo circundaba estaba bien cuidado como contraste.

Simón cruzó el césped siguiendo por el sendero hasta la puerta y llamó al timbre.

Un instante después, Sylvia Longess apareció en el umbral, mirándole sorprendida.

—¡Caramba, usted! —exclamó—. Creí que estaba tan ocupado que ni siquiera se acordaba de mí.

—Lamento haberle hablado con brusquedad por teléfono la última vez que usted llamó, pero es cierto que todo mi trabajo está sufriendo un notable atraso.

—Bueno, entre...

La muchacha cerró la puerta. Cruzaron un arco y Simón se encontró en una salita luminosa y cómoda.

—Siéntese... ¿Quiere un trago? Yo sí tengo licores a mano.

Él sonrió.

—Ahora yo también. Por si acaso vuelve usted alguna vez a casa, ¿sabe?

—Espere, vuelvo en un minuto, señor Dancer. ¿Qué prefiere, *whisky*?

—Con hielo, por favor.

Ella le dejó solo. Tanteó los bolsillos hasta que encontró un cigarrillo. Estaba saboreándolo cuando Sylvia volvió con dos altos vasos en los que tintineaba el hielo.

—¿Cómo se le ocurrió venir? —musitó, sentándose frente a él.

Llevaba unos ajustados pantalones negros y una blusita blanca anudada sobre el estómago. Ni siquiera el nudo apretado podía disimular la pujante vitalidad de sus senos juveniles.

—Están sucediendo muchas cosas en la casa y ya he llegado al límite de mi paciencia...

Tomó uno de los vasos y probó un sorbo ante la curiosa mirada de la muchacha.

—¿Y viene a contármelo a mí? —dijo Sylvia.

—Quiero aclarar todo este embrollo a cualquier precio o será mi ruina. Usted puede contarme la historia, siempre que lo haga con sentido común, no como si se tratara de una adivinanza, como la primera vez que nos vimos.

—Entiendo.

—Lo celebro. Aquella noche se portó usted como si fuera una muchacha aturdida, casi incoherente, pero estoy convencido de que en realidad es algo muy distinto...

—¿Cómo cree usted que soy? —rió la muchacha llevándose el vaso a los labios.

—Una chica con una mente ágil, lista como un demonio.

—Vaya. Los hombres me han comparado a muchas cosas, pero es la primera vez que lo hacen con un demonio.

—No se burle y cuénteme toda la historia, ¿quiere?

—Tiene derecho a saberlo todo. Además, le debo un favor, ¿recuerda? Si usted hubiese querido, aquellos polizontes me hubieran encerrado sin titubear.

Él bebió sin replicar. Sylvia suspiró, con lo que la suave tela de su blusita sufrió una angustiosa tensión que a él no le pasó desapercibida ni mucho menos.

Desvió la mirada, buscando un lugar donde fijarla.

La muchacha dijo:

—Charles Gordon era un hombre terriblemente atractivo cuando le conocí. Perdí la cabeza y él... bueno, me sedujo, jurándome que iba a casarse conmigo. Sólo que nunca pensó seriamente en cumplir esa palabra...

—Y usted tuvo un hijo. Eso ya me lo dijo.

—Bien, la verdad es que entonces él ya estaba comprometido con Trudy Hale. Se casó con ella poco después, dejándome en la cuneta sin una maldita palabra de excusa. Además de atractivo, Charles era un canalla, ambicioso y calculador. Llevó adelante sus negocios, aunque forzó demasiado la mano al final. Obtuvo enormes beneficios fabricando baja calidad al precio de material de

primera. Cuando quiso rectificar estaba desacreditado y ya no le fue posible, de modo que se hundió...

—¿Y sus quinientos dólares mensuales cuándo empezó a pagarlos?

—Eso fue lo único decente que hizo en su vida —masculló la muchacha rechinando los dientes—. Llevaba pocos meses de casado cuando le planteé el asunto. El hijo era suyo, y yo tenía el testimonio de los empleados del motel... Resumiendo; se asustó, yo inscribí el niño con sus apellidos y él estableció esa renta para mí y el niño. Hasta que desapareció.

—Ya veo...

—Supe entonces que sus negocios se habían hundido, que había falseado sus declaraciones de impuestos y que una enorme fortuna se había volatilizado a causa de su mala administración. Pero ya era tarde para todo porque aquella harpía lo había matado.

—Aquí hay algo muy extraño —terció Simón, preocupado—. Todo el mundo afirma que ella lo mató, pero me gustaría saber cuál es la explicación a la desaparición del cadáver. Por lo que sé, esa Trudy no era una mujer muy fuerte. ¿Cómo se las compuso para escamotearlo tan completamente?

Ella se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. La policía la interrogó. Los periódicos armaron un buen escándalo. Luego, un día, ella retiró los restos del dinero, incluso falsificó unas firmas para apoderarse de lo que quedaba en una cuenta privada de Charles... y huyó. Nunca más supo nadie de ella. Y hasta ahora.

—Y usted sigue convencida de que existe esa fortuna escondida, ¿no es cierto?

—Estoy segura. Charles debió ocultarla para burlar a los del fisco y a los acreedores...

—Si eso fuera cierto, lo lógico sería pensar que su mujer se la llevó al escapar.

La muchacha sacudió la cabeza expresando sus dudas.

—No creo que ella supiera siquiera su existencia entonces. Todos los detalles del fraude se descubrieron después. Además, Charles nunca hubiera confiado en Trudy hasta ese extremo.

—Eso es lo que no veo claro, la existencia de tanto dinero oculto esperando que alguien lo descubra. Tampoco estoy muy seguro de

que él fuera asesinado... Un cuerpo humano no se esfuma así como así dentro de una casa... a pesar de la sangre que la policía encontró.

—Si no murió, ¿dónde está? Hace seis años que ocurrió todo eso. En ese tiempo hubiera dado señales de vida de un modo o de otro.

—Si partimos de esa premisa, también ella desapareció sin que fuera asesinada y nunca más se supo su paradero, ¿eh? El país es muy grande, muchacha.

Sylvia sacudió la cabeza dubitativamente. El apuró los restos de su bebida y le espetó:

—Me gustaría ver a su hijo. Debe ser todo un hombrecito ahora...

—Claro... tiene siete años cumplidos. Pero no está aquí.

—¿No?

—Estudia, por supuesto. En un internado. Es mejor así ya que yo trabajo y nunca me casé. Ya sabe usted cómo es la gente.

—Comprendo.

—Deme un vaso. Debe estar usted sediento con un día tan caluroso.

Sin esperar respuesta salió rápidamente. Simón se levantó y dio unos pasos por la salida, desconcertado.

Sobre una repisa descubrió la fotografía de un chiquillo de unos cinco o seis años. Tenía unos ojos grandes, negros y rientes y una cabellera oscura y ensortijada.

Sylvia regresó con los vasos llenos. Él dijo:

—¿Su hijo?

—¿Qué? Oh, sí; es él.

—¿Cómo se llama?

—Charlie.

—Es un niño muy hermoso —comentó.

Bebió un largo trago. Le pareció descubrir una extraña sombra enturbiando la mirada de la muchacha, pero antes que pudiera hacerle ninguna otra pregunta alguien llamó a la puerta y ella murmuró:

—Disculpe...

—¿Esperaba usted a alguien?

—No, a nadie.

Dejó su vaso en la mesita y se dirigió a abrir. Distraídamente, Simón escuchó un murmullo de voces y una extraña exclamación de Sylvia.

Se volvió a tiempo de verla aparecer, rígida, seguida por dos individuos de mala catadura.

Los dos intrusos se detuvieron en seco al verle. Ambos llevaban pistolas empuñadas y durante unos segundos pareció que no sabían qué hacer con ellas.

Simón dio un respingo. Sylvia jadeó:

—¡Están locos!...

Uno de ellos gruñó:

—¿Quién demonios es usted?

—Eso mismo podría preguntarles a ustedes dos. ¿Qué se creen que es esto, una película de *gángsters*?

El otro balanceó la pistola y masculló:

—Usted lo complica todo. Eso iba a ser un trabajo sencillo si ella hubiera estado sola.

—¿Trabajo? —Simón comprendió de golpe y casi se cayó de espaldas—. ¿Quiere decir que vinieran para...?

No terminó. Los dos enseñaron los dientes en una mueca.

El más corpulento dijo con su voz chirriante:

—Incluso pudo haber sido algo divertido. No nos dijeron que se trataba de una monada semejante. ¿Qué opinas, Dill?

—Déjate de diversiones y terminemos. Vigílalos...

Sacó un largo cilindro de uno de sus bolsillos y lo enroscó al extremo del cañón de su enorme pistola.

Simón dejó cuidadosamente el vaso que todavía sostenía. Con voz insegura dijo:

—Me gustaría saber qué sacan ustedes con matarnos...

—Cinco mil pavos. Por la chica, claro. Por usted nadie dará un centavo, pero no podemos dejarlo atrás para que vaya charlando por ahí.

Sylvia estaba tan pálida como la cera. Veía la muerte ante ella y sabía que no tenía ni la más remota oportunidad de vivir. Su mirada rebosante de terror se fijó en Simón sin esperanza.

El tipo del silenciador gruñó:

—Usted, siéntese en esa butaca. No quiero ruidos innecesarios.

Simón retrocedió. Casi se volvió para hundirse en la butaca.

Su mano se deslizó bajo la chaqueta. Sintió la tibia culata del revólver y tiró hacia arriba con una terrible angustia atenazándole los músculos.

Decididamente, no había nacido para pistolero.

El rufián llamado Dill descubrió la maniobra y lanzó un grito de advertencia.

Simón tiró del gatillo alocadamente y el «38» tronó de modo apocalíptico bajo el techo.

La bala arrancó el estuco en la pared. Dill maldijo y disparó también, aunque Simón estaba botando fuera de la butaca.

—¡Al suelo, chica! —rugió.

Sylvia rodó por la alfombra. El disparó de nuevo contra Dill y esta vez el asesino se encogió angustiosamente, boqueando.

Su compañero estaba ya tirando del gatillo. Su arma se sumó al formidable estrépito del «38» amenazando con echar abajo la techumbre.

Locamente, Simón rodó sobre sí mismo hasta parapetarse detrás de mi butacón. Notó los impactos en el relleno del mueble y se aplastó contra el suelo, pensando que mientras el forajido disparase contra él la muchacha estaría segura...

Dill jadeó:

—¡Sácame de aquí... Kazán...!

Simón asomó un ojo y disparó, todo a un tiempo. Kazán, plantado en el centro de la estancia, brincó hacia atrás empujado por el proyectil, dio una vuelta sobre sí mismo y pegó de cara contra la pared.

Enloquecido, Simón se levantó de un brinco y disparó frenéticamente dos veces más. El corpachón de Kazán se estremeció al recibir otro impacto. Cuando se desplomó estaba muerto.

Sylvia chillaba igual que loca. Dill estaba hecho un ovillo en el suelo, apretándose el estómago con las manos por entre las que saltaba un chorro de sangre.

Temblando, Simón se acercó a la muchacha.

—¡Cállese! —gritó—. ¿Me oye? ¡Cállese de una vez!

Ella le miró con los ojos a punto de saltarle de las órbitas. Pero siguió chillando tan agudamente que hasta los cristales se estremecían.

Dill sollozó:

—¡Estoy... muriéndome... sácame de... aquí...!

—¡Tú, maldito!

Simón contuvo las ansias de patearlo. Se contentó con dar un puntapié a la pistola del moribundo, oyendo confusamente el concierto de gritos que se oían fuera, entre el alarmado vecindario.

Tomó a Sylvia de las manos y la obligó a levantarse. Poco a poco, ella dejó de gritar y Cubriéndose la cara con las manos estalló en un llanto histérico.

—Pues eres toda una ayuda, querida —masculló, dirigiéndose al teléfono.

Nunca supo qué dijo cuando el teniente Kovac estuvo al aparato, pero debió ser algo convincente cuando consiguió que el policía llegara casi al mismo tiempo que los primeros guardias pertenecientes a un auto-patrulla.

Para entonces, Sylvia se había calmado lo suficiente para contener los sollozos, aunque estaba tan pálida que el teniente se asustó.

Tampoco el aspecto de Simón era mucho mejor, pero en su fuero interno sentía deseos de gritar ante el hecho de estar vivo después de los espantosos instantes que había vivido.

Kovac soltó una sarta de juramentos al ver los cuerpos y la sangre. Inclinandose sobre Dill rugió:

—¡Tú, condenado! ¿Puedes oírme?

La cabeza del pistolero giró a un lado y sus ojos desorbitados miraron al teniente desde el otro lado de la gran barrera.

Había muerto.

CAPÍTULO VII

—De modo que sólo llegaron aquí y dijeron que iban a matarles a los dos —rezongó el teniente.

—Bueno, la verdad es que solamente les pagaban por matarla a ella. Yo era como una especie de recargo en su trabajo... una simple molestia.

—Su sentido del humor es nauseabundo, Dancer. ¿Se lo dijeron alguna vez?

—Me han dicho muchas cosas al respecto a lo largo de mi vida.

Estaban solos en la salita. Se habían llevado los cadáveres, los fotógrafos habían levantado el campo y Sylvia estaba siendo atendida en su habitación por un médico llamado precisamente por Kovac.

—Esto levantará una polvareda —masculló—. Y por si fuera poco, usted aún no tenía ni siquiera la licencia de ese maldito revólver.

—Usted dijo que me la conseguiría cuando le dije que me habían amenazado por teléfono.

—¡Condenación! Una licencia lleva cierto tiempo.

—Si por sus trámites burocráticos hubiera esperado a comprar el revólver, ahora no lo contaríamos ni la chica ni yo —dijo Simón con lógica aplastante.

Kovac no encontró respuesta a eso, de modo que dijo:

—Ahora cuénteme qué diablos estaba usted haciendo aquí. Por lo que yo sabía, esa muchacha todo lo que hizo fue asaltar su casa.

—Estoy intrigado por todo lo que me ocurre desde que me fui a vivir a esa casa precisamente. Pensé que ella podría explicarme algo concreto sobre la historia de los Gordon y vine aquí, eso es todo.

—Quedamos en que ya no trabajaba para ningún periódico...

—Y es cierto. Pero del modo como se presentan las cosas no voy a trabajar ni siquiera para mí mismo.

Kovac le miró de mala manera. Por alguna razón estaba furioso, y Simón se abstuvo de preguntarle por qué.

El médico salió del dormitorio cerrando suavemente la puerta a sus espaldas.

—¿Cómo se encuentra la muchacha? —preguntó Kovac.

—Exhausta. Le he inyectado un calmante para que descanse durante unas horas, teniente.

Éste rezongó entre dientes:

—Otra pérdida de tiempo.

—Mi consejo es que la deje descansar unas horas antes de interrogarla —sentenció el médico—. Estaba completamente histérica cuando llegué y en estas condiciones tampoco hubiera obtenido usted nada concreto.

—Lo sé, lo sé. Gracias por todo, doctor.

De nuevo solos, Simón murmuró:

—Quizá lo intenten de nuevo.

—¿Qué?

—Matarla, quiero decir.

—Me gustaría saber a qué atenerme en este maldito asunto.

—¿No ha entendido, teniente? ¡Pueden tratar de asesinarla otra vez!

—Le oí perfectamente. Dispondré que se monte un servicio de protección a su alrededor, si es eso lo que le preocupa.

Simón suspiró con alivio.

—De acuerdo. ¿Qué opina usted, por qué quisieron matarla?

—Todo lo que sé es lo que usted ha declarado. Que alguien pagó cinco mil dólares para que ella muriera.

—Bueno, pero ¿por qué?

—Regístreme. Sé tanto como usted por el momento.

—¿Piensa que se trata de la misma persona que mató a aquel tipo en mi casa?

—No.

—Eso parece muy rotundo, ¿no cree?

—Aquel matarife hubiera hecho el trabajo por sí mismo. Un bastardo que maneja el cuchillo de semejante manera no titubea a la hora de matar a una mujer.

—Lo cual elimina un posible motivo; el de que creyera que Sylvia le vio aquella noche...

—Ella no vio nada, de lo contrario estaría muerta.

Simón se estremeció como si le asaltara una súbita corriente helada.

—Si uno se detiene a pensarlo —murmuró entre dientes—, éste es un asunto de locos. Matan a un tipo en mi dormitorio; disparan contra mí en el jardín y luego me amenazan con liquidarme si no abandono la casa. Y ahora vienen dos asesinos a sueldo dispuestos a eliminar a la muchacha... No tiene sentido.

—Los asesinatos siempre tienen algún sentido —rebatí el policía, de mal talante—. Por lo menos desde el punto de vista del criminal.

—Dudo que éste lo tenga.

—Hay algo en la casa —dijo Kovac—. Algo lo bastante importante como para eliminarle a usted si es necesario.

—¿Después de tantos años? Si hubiera algo importante allí lo hubieran encontrado ya.

—Quizá no. Pero no cabe ninguna duda de que usted allí es un estorbo para alguien. Alguien que teme perder la oportunidad de apoderarse de lo que sea que oculta el maldito caserón.

—¿Los seiscientos mil dólares de que habló Sylvia?

—Pudiera ser. O, por lo menos, la clave para hallarlos.

—Si fuera así, ¿por qué no han tratado de encontrarlos en esos seis años y pico?

—Tal vez lo intentaron sin éxito. Usted ha inquietado a alguien porque teme que tenga más suerte.

—¡Suerte! —exclamó Simón con sarcasmo—. ¿A qué llama usted suerte?

Kovac se encogió de hombros.

—Estamos elaborando conjeturas, eso es todo. Lo que sí es seguro es que alguien tiene mucho interés en que usted abandone la casa. Ahora, intente una explicación diferente y si la encuentra me descubriré ante usted.

—Lo malo es que no tengo ninguna explicación.

—Ya lo sabía —gruñó el teniente, encasquetándose el sombrero. Luego indagó—: ¿Piensa quedarse aquí?

—Por lo menos, hasta que sus hombres estén listos para proteger a la muchacha.

—Muy bien, me ocuparé de eso cuando llegue a mi despacho. Y

no se descuide, Dancer.

Éste quedó solo. Instantes después oyó alejarse el coche del policía.

Abrió la puerta del dormitorio y dio un vistazo al interior en penumbra gracias a los cortinajes que el doctor había corrido.

La voz débil de Sylvia musitó:

—¿Es usted, Dancer?

—Lláname Simón. Los dos hemos pasado el bautismo de fuego.

—Simón...

Él se acercó al lecho. La muchacha apenas podía mantener los ojos abiertos.

—¿Cómo te sientes?

—Igual que si flotara sobre una nube... el doctor me inyectó...

—Lo sé. Necesitas descanso.

—¿Y si vienen... otros?

—El teniente mandará a un par de agentes para que vigilen esta casa. Hasta que lleguen yo me quedaré contigo, de manera que no tienes nada que temer...

—Simón...

—Ahora es mejor que descanses.

—¿Por qué lo haces? Te debo la vida... sin ti...

—Soy una especie de Santa Claus, ¿sabes? Sólo me falta dejarme crecer la barba y ya está.

—No bromees... es todo tan horrible...

—Olvidalo y duerme.

—Sí.

Cerró los ojos y todo su hermoso cuerpo se relajó bajo la sábana.

Él se disponía a retroceder cuando la voz de la muchacha, apenas un susurro, musitó:

—Simón...

—Dime.

—Me gustaría...

—¿Qué, linda?

—Tu mano...

Estaba casi inconsciente. Simón tomó su mano y la oprimió suavemente entre sus dedos.

—Así... está bien...

Él estuvo mirándola, dándose cuenta una vez más de cuán

hermosa era. Su rostro era deliciosamente bello, y sus labios poseían la atracción del vértigo.

—Simón...

El apenas la oyó, pero inclinándose sobre ella dijo:

—Estoy aquí, no tienes nada que temer.

—Yo... te mentí... no...

—¿Qué dices?

—Te mentí...

Su voz se extinguió.

Se había dormido.

Poco a poco, Simón soltó su mano y se irguió. Intrigado, trató de adivinar en qué le había mentido la muchacha, pero no consiguió llegar a ninguna conclusión.

Retrocedió silenciosamente y salió del dormitorio. En la salita las manchas de sangre pusieron escalofríos en su piel. De unos días a esta parte estaba condenado a ver rojo en todas partes.

Salió de ella y fue a la cocina, donde sacó hielo del refrigerador.

Estaba apurando un generoso *whisky* cuando llegaron los dos policías de paisano mandados por el teniente.

Le observaron con mal disimulado interés.

—Así que usted es el tipo que se cargó a los dos asesinos, ¿eh? —comentó uno de ellos.

—Fue cuestión de suerte —dijo Simón.

—Tonterías. Se necesita algo más que suerte para lo que usted hizo —aseguró el policía—. Hay que tener cierta predisposición para manejar un revólver contra un ser humano... dos en este caso, ¿entiende?

Simón sacudió la cabeza de un lado a otro.

El agente insistió:

—La mayoría de la gente, si se ve precisada a empuñar un arma, conserva la esperanza de asustar al contrario. No tiene la determinación suficiente para disparar primero y preguntar después.

—Aquí no había nada que preguntar.

—De todos modos, creo que usted ya me comprende.

Simón no quiso continuar con el tema, así que recomendó antes de abandonar el *bungalow*:

—Cuídenla bien, muchachos. Si algo le ocurre probaré esas

facultades de que usted habla sólo para comprobar si resultan ciertas contra un par de polizontes.

Se fue. Los dos agentes quedaron allí, riéndose entre dientes.

Simón Dancer no tema, malditas las ganas de reírse.

CAPÍTULO VIII

Terminó de aporrear la máquina pasada la medianoche.

Echándose atrás en el sillón, suspiró, satisfecho, aspirando el humo del cigarrillo.

La decisión la tomó la tarde anterior, después de llegar a la conclusión de que mientras no se aclarase todo el embrollo en que estaba metido no podría escribir una sola línea de su proyectado libro.

Entonces decidió escribir un complejo reportaje de todo el misterioso asunto, de modo que telefoneó al jefe de redacción del periódico para el que trabajara durante años y le habló de todo ello.

El resultado estaba ahora sobre la mesa.

Y era gracias a ese reportaje que una nueva idea había surgido en medio de la maraña de misterios que le envolvían.

Descolgó el teléfono y obtuvo comunicación con la policía.

—¿El teniente Kovac? —dijo una voz a través del auricular en respuesta a su pregunta—. Esta noche tiene libre.

Simón pensó que el policía bien se había ganado un descanso.

—¿Podría facilitarme su teléfono privado? —pidió.

—¿Quién es usted, señor?

—Simón Dancen.

—¿Su dirección?

La facilitó también. Tras esto anotó el número que le dieron.

Kovac no pareció muy satisfecho cuando se puso al teléfono.

—Si se ha metido usted en otro lío —gruñó—, llame a la central. Esta noche el sargento Mallows cargará con el mochuelo.

—Acabo de escribir un reportaje completo sobre todo lo sucedido, del principio al final.

—¿Y quiere contármelo a mí? Oiga, Dancer, ésta es mi noche libre así que...

—Están a punto de cumplirse siete años, teniente —dijo Simón,

imperturbable.

—¿De qué está hablando?

—De Charles Gordon, por supuesto.

—¿Y...?

—No se encontró su cadáver, lo que equivale a decir que legalmente Gordon no está muerto... hasta que hayan pasado siete años. Ésa es la ley, ¿no?

—Seguro —la voz del teniente sonó muy interesada—. Un hombre no puede declararse legalmente muerto hasta siete años después de su desaparición.

—Bueno, se me ocurrió de repente mientras estaba redactando mi reportaje. Si hubiera un testamento en alguna parte, dentro de dos o tres meses debería ser abierto.

—Claro, claro...

—Pensé que le gustaría saberlo.

—Y lo sabía.

—¿Qué?

—No nos crea tan inútiles, Dancer. Eso se me ocurrió justamente cuando Gordon se esfumó. Sólo que no hay ningún testamento. No fue registrado jamás ni pudimos encontrar un abogado que lo tuviera depositado.

—Ya veo... Creo que he hecho el ridículo.

—Era una buena idea de todos modos. Buenas noches, Dancer.

Colgó, fastidiado. Fue a cerrar la puerta y tumbándose sobre el diván no tardó en quedar profundamente dormido.

A la mañana siguiente el jardinero dijo:

—Hoy terminaré de desbrozar todo esto, señor Dancer.

—¡Magnífico! ¿Y la piscina?

—Mañana podrá llenarla también.

—Estoy impaciente por chapuzarme en ella...

—¿Tiene preferencia por alguna clase determinada de plantas?

Hay que replantar todo ahora...

—Lo dejo a su elección, amigo.

Se encaminó al garaje. Había dado media docena de pasos cuando el jardinero comentó:

—Casi lo olvido... El mecánico dijo que la avería no era de importancia. Lo arregló aquí mismo.

Simón se detuvo como si hubiera chocado contra un muro de

ladrillo. Volviéndose barbotó:

—¿Qué mecánico?

—¡Demonios! El que usted mandó para que examinara su coche.

Instintivamente, Simón miró hacia el cerrado garaje sintiendo que sus piernas flaqueaban.

—Vamos por partes —balbuceó—. ¿Quiere, decir que vino un mecánico a arreglar el coche?

—¡Naturalmente!

—¿Y dijo que yo le había mandado?

Inquieto, el jardinero asintió.

—Eso fue lo que me aseguró. Además, usted se había marchado sin el coche, por lo que pensé que realmente tenía una avería, así que le dejé entrar. Estuvo con el coche cosa de media hora. ¿Hice algo mal?

—No, por supuesto que no.

Agarró con fuerza el portafolios y anduvo hacia el garaje con tan poco entusiasmo como si se dirigiera al cadalso.

Aparentemente todo estaba en orden, pero no en vano Simón había realizado incontables reportajes en su vida profesional.

Dejó el portafolios en un rincón del banco de herramientas y levantó el capó descubriendo el motor.

No vio nada sospechoso. Increíblemente, se inclinó dentro del espacio que quedaba a la vista buscando cables intrusos o algún paquete rebosante de explosivos.

Era indudable que no había nada en el motor.

Perplejo, se echó a atrás.

Recordó que una vez unos pistoleros colocaron una bomba de tiempo bajo un coche y éste estalló, haciendo pedazos a un pandillero de fama.

Quizá el paquete estuviera debajo del motor o de la carrocería.

El suelo estaba sucio de grasa más o menos sólida y gran cantidad de polvo. Le pareció que parte de aquel polvo había sido esparcido allí como si alguien hubiese querido borrar sus huellas y suspiró.

A un lado había el foso cubierto por gruesas tablas. Si colocaba el coche allí sin ponerlo en marcha podría examinarlo por debajo pulgada a pulgada, metiéndose en la zanja.

Abrió la portezuela sintiendo un frío de muerte recorrerle las

venas. Soltó el freno de mano y trató de maniobrar el coche empujándolo.

Era evidente que no lo podría hacer solo. Llamaría al jardinero.

Necesitó dos intentos para que su voz saliera lo suficientemente potente para ser oída.

El jardinero le escuchó con creciente alarma.

—¿Insinúa que hay una bomba en este coche? —tartajeó, incrédulo.

—Pudiera haberla. Yo no envié ningún mecánico, ni el coche tenía avería alguna.

—¡Diablo!

—Voy a quitar las tablas del foso. Después, empujaremos el coche de modo que pueda examinarlo por debajo. ¿Entendido?

—Y si hay un petardo ahí, ¿no estallará?

—Si lo hay debe estar conectado con el encendido. No puede explotar a menos de poner en marcha el motor.

—Ya veo...

No muy seguro, Salisbury se dispuso a ayudarlo.

Simón levantó un par de tablones de los que cubrían la profunda zanja.

Fue cuando se disponía a levantar la tercera que vio aquello allá abajo.

Dio tal brinco hacia atrás que por poco no derribó al jardinero.

Porque en la penumbra del foso había visto la blanca y descarnada mueca de una calavera monda y lironda.

CAPÍTULO IX

Cada vez que alguien le hablaba, el teniente Kovac parecía dispuesto a replicar con una dentellada, pálido y furioso.

El sargento MalloWS contemplaba todo el ajetreo con filosófica resignación.

Los demás, fotógrafos, peritos de la Brigada de Homicidios, y dos auxiliares del laboratorio policial, realizaban su trabajo rutinariamente, incluyendo al forense, que desde un principio se había negado rotundamente a descender al foso.

Así que habían sacado el esqueleto con los podridos harapos que lo cubrían y ahora estaba examinándolo.

Simón fumaba sin cesar junto a la puerta. Reflexionaba con amargura sobre el destino que tan mal estaba portándose con él. Su portafolios conteniendo el extenso reportaje había sido olvidado sobre el banco de trabajo.

El médico gruñó en respuesta a una pregunta de Kovac:

—Es imposible precisar el tiempo, teniente, sin las pruebas de laboratorio.

—Bueno, pero puede llevar seis años ahí abajo. ¿Sí o no?

—Personalmente opino que no ha estado ahí tanto tiempo.

—¿Cinco?

—Menos.

—¡Maldición, doc, no me vuelva loco! ¿Cuatro?

—Opino que cuatro será el máximo que las pruebas determinarán. Aunque yo me inclinaría por tres, quizá entre tres y cuatro.

—Es usted una gran ayuda —rezongó Kovac entre dientes.

—¿Cree que soy adivino o qué? Estudié medicina, no magia.

—Bueno, bueno, olvídalo. Estoy excitado, eso es todo.

—No necesita jurarlo —rió el médico forense.

—Un momento, antes de que se largue de aquí.

—¿Sí?

—Examine los huesos de las piernas, doc.

—¿Por qué? Haré un examen completo en el depósito, y allí tendré la ayuda de los laboratorios.

—Haga lo que le digo, ¿quiere?

Suspirando de impaciencia, el médico volvió a arrodillarse junto a los polvorientos huesos. Cuando volvió a levantarse rezongó:

—Usted lo sabía, ¿eh, teniente?

—¿Sabía qué?

—Que la pierna derecha sufrió una fractura, varios años antes de que el hombre muriera.

—Así que es él...

Simón se enderezó al oír el sordo comentario de Kovac.

—¿Gordon? —preguntó.

—Charles Gordon —dijo el teniente—. Sólo que no murió hasta uno o dos años después de haber desaparecido, si hemos de creer al forense.

—Los laboratorios confirmarán mi opinión —insistió el médico, encaminándose a la puerta del garaje.

Kovac gruñó:

—Y ese conjunto de huesos han estado aquí años y años... Nosotros registramos el garaje cuando el tipo se esfumó. ¿Por qué habíamos de hacerlo de nuevo años después? ¡Maldita sea! Me gustaría echarle la mano encima a esa pájara, palabra.

—De momento, mejor será que eche un vistazo al coche, teniente —le recordó Simón, preocupado.

—Es cierto... la bomba y todo eso. Sería lo único que faltaría.

Empujaron el coche con cuidado hasta colocarlo de modo que pudiera ser examinado desde el foso. Una de las ruedas casi aplastó el pie del esqueleto.

Mallows se deslizó abajo. No tardó ni un minuto en volver a salir sacudiéndose las manos.

—No hay ninguna bomba, teniente. Creo que todos empezamos a creer en fantasmas.

Simón dijo:

—Un tipo se presentó aquí haciéndose pasar por mecánico, diciendo que yo lo mandaba porque el auto estaba averiado. Eso era falso. Alguna oscura razón debió tener para hacerlo, digo yo.

—No hay ninguna bomba en ese coche —gruñó Mallows, como ofendido porque alguien dudara de su sagacidad.

Kovac sacudió la cabeza.

—Te creo... pero también me preocupa que alguien viniera aquí con esa excusa de la avería. Oye, sargento...

—No hay nin...

—¡No lo repitas! —le atajó Kovac, fastidiado—. ¿Recuerdas a Luigi Masera?

—Seguro. Hace un par de años de eso.

—¿Cómo le volaron?

—Con un petardo, desde luego. Pero te digo que en *este* coche no... ¡Maldición! —estalló de pronto.

—¿Comprendes ahora?

Mallows se estremeció.

—Si fuera cierto, es mejor que despejen esto. Y llévense los huesos también.

—Olvídate de los huesos y míralo.

Simón indagó:

—¿De qué están hablando?

—A un pandillero llamado Luigi Masera le prepararon una bomba capaz de hacer saltar un acorazado. Masera era un tipo muy precavido con el coche, porque en sus primeros tiempos utilizó mucho la dinamita, así que no podían colocársela en el motor, ¿entiende? Bueno, la instalaron bajo el asiento, con un fulminante de resorte, de modo que cuando el cuerpo del pandillero hizo presión en los muelles del asiento presionó también el resorte... El pedacito más grande que se encontró de Luigi Masera fue una uña, con eso está dicho todo.

Simón tragó saliva con dificultad.

Mallows repitió:

—Yo entiendo un poco de petardos, pero será mejor que despejen esto...

Abrió la portezuela. Hubo un remolino en dirección a la puerta.

Cuando estuvo a respetable distancia del garaje, Simón descubrió que el teniente no les había seguido. Kovac no había querido dejar solo a su compañero.

Tragó aire hasta llenarse los pulmones y luego regresó al garaje sintiéndose muy poco seguro sobre sus piernas.

Llegó a tiempo de ver levantarse al sargento, pálido y con un ligero temblor en las manos.

—Ahí está —jadeó Mallows.

Kovac dijo:

—¿Puedes quitarla?

—Ni soñarlo. Está conectada con un mecanismo que desconozco.

Habrà que llamar a los expertos del ejército.

—¡Condenados hijos de perra! —bufó Kovac.

Entonces vieron a Simón y el policía sonrió.

—Tenía usted razón, amigo. Hay una bomba.

—Acabo de oírlo...

—Gelignita, seguramente —opinó Mallows sacándose el sudor de la frente.

—¿Gelignita?

—De haber estallado, le apuesto que algún pedazo de usted hubiera llegado a la lima —rió el sargento.

—Para ser un tipo pacífico, está experimentando muchas emociones últimamente, Dancer —comentó Kovac.

—Y usted que lo diga. Empiezo a reconsiderar mi idea de permanecer en esta casa.

—¿Olvida el sensacional reportaje que podrá publicar al final?

—Para escribir un reportaje se necesita estar vivo.

—Tiene miedo —opinó Mallows, lacónicamente.

—¿Y quién no? Ya han intentado darme el pasaporte tres veces.

—Una fue por equivocación. No iban por usted.

—Eso no es ningún consuelo.

—Bueno, dejémoslo. Hay que avisar a los expertos en explosivos, y hacer que se lleven estos huesos al depósito. Al fin encontramos al amigo Charles Cordón...

Kovac refunfunó:

—Ahora me gustaría mucho encontrar a su mujer.

Tras ellos, una voz dijo:

—Le repito una vez más que Trudy no mató a nadie.

Se volvieron en redondo. En el umbral del garaje estaba Stan líale, con sus descuidadas ropas y sus ojos brillantes.

—¿Quién demonio le dejó entrar? —Gruñó Kovac.

—Le dije a los guardias de la verja que era pariente de los de la casa. Después de todo, hasta cierto punto es cierto.

—Seguro, tanto que ya está largándose de aquí, Hale. Hemos encontrado a su cuñado y no puedo perder tiempo con usted ahora.

—¿A Charles?

—¿Es que no lo ve?

MalloWS señaló los macabros restos.

—¡Cielos! ¿Eso es... Charles?

—Puede jurarlo.

Se aproximó como si no estuviera muy seguro de sostenerse sobre sus pies.

—¿Cómo lo saben? —tartamudeó—. Sólo es un piulado de huesos.

—Su cuñado sufrió una fractura en la pierna derecha. Bien, ahí está el hueso que lo demuestra. Pero en el laboratorio lo confirmarán por otros medios. Y ahora, largo de aquí.

—Vine para hablar con el señor Dancer. En privado.

—No tengo nada que tratar con usted —dijo Simón.

—Eso no puede saberlo hasta haberme escuchado.

—No necesito escucharle para saber que no me convienen tratos con usted. Además, estoy muy ocupado.

Stan Hale se encogió de hombros con evidente disgusto.

—Bueno, ya volveré. Los negocios son los negocios a pesar de todo.

Cuando hubo desaparecido Kovac gruñó:

—Ese tipo me pone enfermo.

Salieron. Simón recordó el portafolios y volvió atrás, a buscarlo. El teniente le ofreció un coche de la policía, pero él aseguró que prefería un taxi.

Así que abandonó el jardín con la esperanza de que a su regreso se hubiesen llevado los pelados restos y todo volviera a estar en paz...

CAPÍTULO X

Sylvia estaba preparando café cuando llegó.

El policía de servicio en el jardín le exigió los documentos y esperó hasta que la muchacha le hubo identificado antes de permitirle la entrada.

Dentro, había otro robusto individuo con cara de perro de presa leyendo distraídamente una revista cinematográfica. Respondió con un gruñido al saludo de Simón.

—Estoy preparando café. Tomarás una taza también —dijo la muchacha.

El la siguió hasta la cocina.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Ya pasó. Pero la presencia de esos hombres ahí me pone nerviosa de vez en cuando.

—Pero estás segura.

Ella retiró la cafetera del fuego y preparó las tazas sobre una bandejita. Simón la tomó por los hombros obligándola a volverse.

Sylvia sostuvo su mirada, dejando que sus ojos maravillosos reflejaran toda su vitalidad.

—¿Recuerdas lo que dijiste cuando estabas a punto de dormirte?

—No... ¿Dije muchas tonterías? El doctor me inyectó un poderoso sedante. No recuerdo nada.

—Bueno...

—Lo único que sí sé es que estreché tu mano y me sentí segura...

—Hubo algo más.

—Simón, primero el café.

—¡Olvídate del café! Dijiste que me habías mentido. Lo repetiste un par de veces. Luego te quedaste dormida y ya no pude saber en qué me habías engañado. Quiero saberlo ahora, Sylvia. Necesito saberlo.

Ella desvió la mirada.

—Por favor, Simón...

—¿No comprendes que necesito confiar en ti?

—Yo... temo que me desprecies si te digo la verdad.

—¿Despreciarte? No ves más allá de tus lindas naricitas.

La atrajo con fuerza, hundió la mirada en sus pupilas y después la besó.

Resultó un beso interminable, profundo, ardiente como una llama. Estrechamente abrazados, llegaron a olvidar el tiempo y el lugar en que se hallaban.

Ni siquiera oyeron el apurado carraspeo del policía que iba en busca del café y hubo de retroceder apresuradamente, maldiciendo entre dientes.

Cuando la soltó, la muchacha jadeaba igual que si acabara de realizar un largo y agotador esfuerzo.

—Creí que me ahogabas —musitó.

—Lo haré si continúas ocultándome la verdad.

—¿No es posible sobornarte con otro beso, Simón?

—No lo sueñes.

—Está bien... Ha sido hermoso, aunque haya durado poco.

—¿Por qué lo dices?

—Porque cuando sepas la verdad me despreciarás.

—Eso ya lo dijiste antes. Estoy esperando todavía.

Tras un silencio, ella murmuró:

—Te dije que había tenido un hijo de Charles...

—Sí.

—Es falso. Nunca tuve un hijo. Te mentí... como le mentí a él.

La cabeza de Simón empezó a dar vueltas.

—Más espacio —gruñó—. Me dijiste que él te sedujo.

—Eso es cierto. Y juró casarse conmigo cuando ya estaba a punto de casarse con Trudy Hale.

—Y tú no tuviste ningún hijo...

—No. Pero a él se lo hice creer. Le presenté incluso los documentos que lo probaban... Falsos. Todo para hacerle pagar lo que había hecho conmigo... hacer que sufriera una parte del escarnio con que me humilló.

—Ya veo. Y él nunca supo la verdad.

—Nunca.

—¿Alguien más está enterado de tu engaño?

Ella sacudió la cabeza.

Simón soltó brutalmente:

—Hemos encontrado el esqueleto de Charles Gordon.

—¡Qué!

—Simples huesos.

—¡Simón! Así que ella lo mató al final...

—Si lo hizo, esperó mucho tiempo. Hace un máximo de cuatro años que murió.

—No es posible... desapareció hace más de seis.

—Casi siete.

—Bueno, casi siete. ¿Dónde está la diferencia?

—La ley declara legalmente muerta a una persona a los siete años de su desaparición, linda.

—¿Y qué? Si él ya está muerto no veo...

—La herencia.

—¿Cuál herencia?

—¿Estás burlándote? La de Gordon, por supuesto. Al parecer no hay un testamento específico, de modo que habrá que encontrar un heredero legal... O su mujer... o ese supuesto hijo suyo.

Sylvia se tambaleó como si acabara de golpearla.

—¡Dios bendito! —jadeó sin voz—. Ahora comprendo.

—Ya era hora.

—Pero si ella le mató no podrá reclamar nada...

—Falta probar que lo mató realmente. Recuerda que Gordon murió dos años después de su desaparición, cuando Trudy se había esfumado también. Si no consiguen probar sin lugar a dudas que fue ella quien le dio el pasaporte, entonces heredará. Y si lo prueban y es procesada y condenada, el único heredero será ese hijo que no existe y que sin embargo está legalmente inscrito.

—Dios mío, en qué lío me metí —suspiró la muchacha.

—Ésa es una verdad tan grande como el Capitolio.

—¿Qué puedo hacer, Simón?

—Maldito si lo sé. Pero no cabe duda que alguien más está enterado de tus supuestos derechos sobre la herencia y ha decidido suprimirte... y sólo se me ocurre un nombre.

—¿Cuál?

—Stan Hale, el hermano de Trudy. O ésta, si todavía vive.

Ella se estremeció violentamente. Estaba muy pálida y más adorable que nunca.

Desde la salita, el vozarrón del policía retumbó:

—¿Qué pasa con el café, se lo bebieron todo ustedes dos?

Sylvia volvió a tomar la bandeja y corrió con ella para servirlo. Simón la siguió con muchas cosas que decir, pero no atreviéndose a hacerlo delante de los agentes.

—Volveré esta noche —prometió—. Hay algunos puntos que me gustaría aclarar contigo, linda.

—Estaré esperándote, Simón.

—Y no salgas de casa, ¿entendido?

—No lo hará —aseguró el policía—. Dijo el teniente que nos arrancarían las orejas si ella asomaba la nariz a la calle.

—Eso me tranquiliza.

La besó fugazmente y salió disparado. Necesitaba retocar el reportaje, incluir sus últimas teorías y hacer saltar al individuo que, en la sombra, esperaba solamente el paso de unos meses para reclamar una hipotética herencia... de sangre y muerte.

El caserón estaba desierto cuando llegó a él. Sólo a la puerta del garaje encontró a un hombre corpulento que se enderezó al verlo.

—Ya se llevaron el petardo, amigo. ¿Es usted Simón Dancer?

—Sí.

—Bien, yo sólo me quedé para advertirle. Puede utilizar el coche cuando quiera... siempre que no le instalen otro juguete. Suerte.

Y se fue.

Tranquilizado por ese lado, el reportero se encerró en el despacho. Ahora estaba seguro de conseguir uno de los más sensacionales reportajes de toda su carrera. Justamente cuando había estado dispuesto a abandonar el periodismo...

Apenas había terminado cuando sonó el teléfono. El sol se había ocultado y por el ventanal francés entraba una luz difusa y fría.

—Hable —gruñó—. Aquí Dancer.

—¿Es usted el inquilino de la casa de los Gordon?

Era una voz de mujer, una voz tensa y apremiante.

—Sí.

—Necesito verle, señor Dancer. Cuanto antes, ¿entiende?

—Ni una palabra. Y todavía no sé quién es usted.

Hubo una larga pausa. Después la voz preguntó:

—¿Me da usted su palabra de no hablar de eso con nadie?

—Primero he de saber de qué se trata.

—Soy Trudy Gordon.

Simón dio un salto y quedó de pie junto a la mesa.

—¿Usted? —balbució.

—Sí. Es preciso que hablemos... Sé que han atentado contra usted...

—¿Dónde puedo verla?

—Venga aquí... London Drive, uno, siete cero.

—¿Qué es eso, un apartamento?

—No, un pequeño club. Pero no se abre hasta las diez así que nadie nos estorbará.

—Espéreme.

Colgó. Dejó el reportaje a un lado seguro que después de esa entrevista habría que rehacerlo de arriba abajo. Comprobó que el revólver estaba cargado, tomó el coche y salió disparado.

Esta vez ni siquiera se detuvo para cerrar la verja...

El club se llamaba Topace. Se entraba a él después de descender un tramo de escaleras hasta más abajo del nivel de la calle.

Una puerta de brillante metal estaba solo entornada. Simón la empujó, colándose al interior. Vio una luz dorada bañando un extremo del mostrador, pero ni rastro de la mujer que debía esperarle.

De modo instintivo acarició la culata del revólver. Vagamente, pensó que estaba convirtiéndose en una especie de pistolero.

Atravesó la pequeña pista de baile encerada. Levantó la voz y llamó:

—¿Está usted ahí? ¡Señora Gordon, soy Dancer!

No obtuvo respuesta. Un silencio pesado lo envolvía todo.

Simón extrajo el revólver casi sin que su voluntad interviniera en la acción.

—¡Señora Gordon! —repitió.

Junto al mostrador se detuvo, mirando a su alrededor. Las mesas estaban bien ordenadas y las sillas colocadas encima. Más allá había un reducido estrado para los músicos y dos puertas.

Se dirigió a ellas con el revólver amartillado y dispuesto para disparar. Ahora ningún asesino podría sorprenderle.

Una de las puertas correspondía a un corto pasillo en el que

daban los camerinos. Los examinó uno a uno hasta estar convencido de que no había nadie en ellos.

La otra puerta conducía a una especie de cueva donde estaban los servicios, también desiertos.

—Una encerrona —masculló entre dientes.

Volvió al mostrador. Toda una flamante colección de botellas, relucían en los estantes. Nervioso, le entró una súbita sed, un ansia de beber como no sintiera jamás.

De nuevo miró alrededor. No había rastro de ningún ser humano.

Alargó el brazo, tomó un vaso de una pirámide de ellos y rodeó el extremo del mostrador. Decidió probar el mejor *whisky* que hubiera allí, para resarcirse del plantón.

Sólo que no llegó a tocar siquiera una botella, porque estuvo a punto de tropezar con el cuerpo y dio un traspíe. Después, lo que dio fue un salto atrás y se quedó fuera de la barra, jadeando como un fuelle.

La mujer estaba hecha un ovillo, nadando en su propia sangre. Simón ya había visto otra herida semejante, casi separando la cabeza del tronco. No obstante, sintió náuseas y necesitó varios minutos para reaccionar.

Finalmente, guardó su «38», descolgó el teléfono que estaba junto a la caja y llamó al teniente Kovac.

—¡Otra vez usted! —bufó el policía—. ¿Cree que no tenemos nada más que hacer?

—He encontrado a Trudy Gordon, teniente.

—¿Qué ha dicho? —La voz sonó como el chirrido de una sierra.

—Muerta.

—¡Dancer, maldita sea! ¿Está borracho?

—Bueno, creo que si tarda usted mucho en llegar lo estaré. Le hicieron... Bien, lo mismo que al otro.

—¿Cuál otro?

—El primero. Ya sabe... la garganta...

—¡Cristo! ¿Dónde está usted?

—Un club... se llama Topace...

—No sé mueva de ahí. No beba nada y no deje que nadie se acerque ni a una milla de distancia del cuerpo.

—Bueno.

Colgó, dio un melancólico vistazo a las botellas y tomando una silla de encima una mesa se dejó caer en ella resignadamente.

Tuvo la impresión que la pesadilla no había hecho más que empezar...

CAPÍTULO XI

Otra vez toda la rutina policíaca, los gruñidos del teniente y los sarcasmos del médico forense.

Simón estaba harto de todo.

—¿Es ella? —preguntó al final.

—Sin ninguna duda. Logró una asombrosa transformación de su rostro, pero sus huellas dactilares la delatan. Es Trudy Hale. Bueno, era —rectificó Kovac.

—Ahora ya sabemos que los dos están muertos. De modo que voy a decirle algo, teniente.

—Usted siempre está diciendo cosas.

—Seguro. Van a cumplirse siete años, pero teniendo las pruebas de que Charles Gordon está muerto ya no hace falta esperar para reclamar todo cuanto le perteneciera, sea lo que sea y esté donde esté.

—¿Y quién va a reclamarlo?

—Stan Hale, por ejemplo.

—Por ejemplo... En cuanto lo haga él mismo se delatará como el asesino que ha barrido todos los obstáculos. Yo creo que los esposos Gordon imaginaron el truco de desaparecer, llevarse el dinero que pudieron reunir, y dejar que los acreedores se lanzasen sobre sus negocios. En alguna parte, de modo sólido, dejaron una fortuna de manera legal. Siete años pasan pronto, de modo que...

—Hay otra cosa. Los dos están muertos. No pueden reclamar nada, ni uno ni otro.

—Él nunca hubiera podido reclamar un centavo. Debía estar legalmente muerto o sería acusado de fraude. Pero ella sí... Ella hubiera podido presentarse a reclamar lo que fuera si nosotros no podíamos probar que era una asesina.

—Y no lo hubieran probado nunca porque él vivía.

—Ni más ni menos.

—Bueno, sólo queda Hale.

—Y su dulce asaltante. No olvide que tiene un hijo de Gordon.

—Cuentos.

—¿Qué cuentos?

—No hay tal hijo, aunque alguien cree que sí existe. Por eso quisieron matarla. Era la manera de eliminar un heredero.

—Y sólo nos queda Hale.

—Ni más ni menos. ¡Maldito matarife! Con sus ojos llenos de simpatía... ¡Le aplastaré la nariz!

Kovac refunfuñó. Dio algunas instrucciones, dejando al sargento Mallows a cargo de las formalidades y luego masculló:

—Vamos, Dancer. Haremos una visita de cortesía a nuestro amigo Hale... Utilizaremos mi coche. Después ya recogerá usted el suyo.

—Está bien.

Hale estaba esperándoles, pero no como ellos habían imaginado.

Stan Hale había recibido un trato muy rudo antes de morir. Su cara era un amasijo sangriento, tenía un brazo roto y el asesino había cometido algunas salvajadas más con el cuchillo antes de matarlo.

Kovac estuvo lanzando maldiciones hasta que le faltó el aliento.

Simón, dispuesto a no asombrarse por nada, sólo dijo:

—Ahora no nos queda nadie, teniente.

—¡Queda el asesino, que el diablo confunda!

—Pero no es nadie del que podamos sospechar. Muerto Hale, no queda nadie —repitió machaconamente.

—No necesita recordármelo. Hace seis años el caso Gordon estuvo a punto de costarme la renuncia. Ahora me obligarán a dimitir a punta de pistola... ¡Condenación! ¿Por qué infiernos alquilaría usted la maldita casa?

Simón se encogió de hombros. Sólo dijo:

—No quiero presenciar otra vez todo el lío que arman ustedes cuando tienen un fiambre entre manos. Me voy.

—¿Adonde?

—A llenar mi maleta. Regresaré a la pensión —dijo melancólicamente—. He llegado al límite, ¿entiende?

—Creo que sí. Y no se lo reprocho. Yo llamaré a la Brigada.

—Cuando haya dejado la casa maldita, teniente, iré en busca de

Sylvia. La llevaré conmigo, así que advierta a sus hombres. Ahora ya sé lo que he de hacer.

Kovac le miró especulativamente.

—¿Olvida que ella es la única que, apurando las cosas, puede reclamar la herencia, si es que existe?

—Justamente porque no lo olvido es por lo que quiero tenerle conmigo.

—Ya veo... De cualquier modo no le envidio la responsabilidad. De todos modos estaré en contacto con usted.

Simón salió disparado. Sólo cuando llegó a la calle recordó que no tenía coche y maldijo entre dientes. Perdió mucho tiempo hasta que encontró un taxi. Dio la dirección y se recostó en el asiento. Su mente era un torbellino que giraba cada vez más frenéticamente. Comprendió que era la mente de un reportero, ágil y analítica, y por primera vez dudó de sus dotes de escritor de novelas.

La gran casa estaba oscura y silenciosa. Simón no pudo menos que experimentar un escalofrío ante lo que se le antojó siniestra apariencia de la construcción, en contraste con lo que pensara al alquilarla.

—Espere aquí —dijo al taxista—. No tardaré mucho.

—Está bien, amigo. Yo no tengo prisa.

Recorrió el ahora despejado jardín. Abrió la puerta, alegrándose de que las cerraduras no hubieran sido cambiadas aún porque eso le ahorra algún dinero.

Primero fue a la biblioteca, donde esperaba la máquina y sus apuntes con los que ni siquiera había podido iniciar el trabajo.

Sólo que había alguien más esperándole.

Lo descubrió cuando encendió la luz.

El hombre estaba sentado al otro lado de la mesa. Era alto, recio, de rostro duro y cabello abundante. Una pistola de gran calibre parecía un juguete en su manaza.

Simón se quedó rígido.

El hombre dijo:

—Ha tardado usted mucho.

—Esta casa es una caja de sorpresas... ¿Quién demonios es usted?

—El propietario.

—¿Qué?

—Charles Gordon.

Simón se tambaleó. Como un relámpago, la comprensión estalló en su mente.

—Debí imaginarlo... pero el esqueleto del garaje me engañó.

—Estaba destinado a eso precisamente. ¡Acérquese!

Simón avanzó despacio, mirando el monstruoso cañón de la potente automática.

—Con los demás utilizó usted un cuchillo —barbotó.

Gordon balanceó la pistola.

—A usted le necesito vivo... por el momento.

—¿Y después?

El asesino se encogió de hombros.

—No haga preguntas idiotas. Siéntese ahí, cerca del teléfono. Quiero que haga una llamada.

—¿A quién?

Los dientes de Charles Gordon chirriaron.

—A Sylvia. Usted la conoce muy bien.

Simón se tambaleó.

—¡Déjela en paz, maldito! —rugió.

—La necesito, eso es todo. Usted y el idiota de Hale me han obligado a precipitarlo todo... Trudy hubiera muerto en un «accidente», Sylvia hubiera reclamado las propiedades y yo... sólo tenía que arrebatarárselas a ella. Era así de sencillo.

—¿Y el tipo que asesinó en la habitación de arriba?

—Un sucio chantajista. En parte, él fue la causa de que me viera obligado a idear todo este plan y desaparecer.

—Ya veo... ¿Sabe usted que no hay ningún hijo de Sylvia en este asunto?

—Naturalmente que lo sé, pero los documentos existen. Son suficientes para que ella haga su parte en este negocio... le guste o no.

—Y después la matará.

Gordon mostró su perfecta dentadura en una sonrisa de lobo.

—Bueno... otro «accidente». ¿Sabe usted? He enterrado el cuchillo definitivamente.

—Eso me consuela.

—Llámela. Dígale que necesita verla ahora mismo, que venga aquí. Cualquier excusa servirá. Dígale que ha encontrado el dinero

que nunca existió. Eso la hará venir a escape.

Simón sintió un ramalazo de esperanza. Con un poco de suerte, ella vendría, pero escoltada por los dos robustos policías.

—Está bien —masculló—. Pero antes dígame si intentó matarla cuando aún disponía usted de Trudy.

—¿Yo? No, Dancer. Si yo lo hubiese intentado, ahora estaría bien muerta. Fue Hale sin duda. Él se consideraba también mi heredero.

Soltó una seca carcajada. Señaló el teléfono con el cañón de la pistola y ordenó:

—¡Llámela de una vez!

Simón descolgó el auricular. Estuvo tentado de intentar algo, pero la pistola estaba tan cerca que era imposible que Gordon fallara el primer tiro.

Así que empezó a girar el dial un número tras otro.

Justo en aquel instante en la puerta de la biblioteca apareció la excitada señora Forsite, que exclamó:

—¡Oh, está usted aquí, señor Dancer! Quiero decirle que...

Gordon se levantó de un brinco, girando hacia la puerta.

Simón vio su oportunidad y la aprovechó. Lanzó el auricular contra el asesino al mismo tiempo que él se arrojaba de cabeza a un lado.

La gran pistola retumbó como una bomba. Simón rodó frenéticamente a un lado y a otro oyendo los aullidos de su simpática vecina.

Otra bala le buscó, emitiendo un terrible zumbido cuando se incrustó en la madera del *parquet*.

Consiguió empuñar el revólver y se zambulló detrás de una mesita enana, que volcó ante él.

Un proyectil de la pistola la atravesó como si hubiera sido de fino papel.

Simón comenzó a disparar entonces, sin apuntar, sólo para obligar al criminal a buscar refugio en alguna parte y tener así un respiro.

Le vio fugazmente cuando se tiraba de cabeza más allá de la mesa-escritorio. Se levantó de un brinco y le envió un balazo. Vio saltar los papeles, sus queridos apuntes, pero la bala se perdió.

Envalentonado, Gordon asomó la cabeza y la pistola todo a un

tiempo. Simón disparó una sola vez. La cabeza que asomaba por encima de la mesa reventó de modo espeluznante. Cabeza y pistola desaparecieron de su vista.

La señora Forsite continuaba aullando allí fuera. El acre olor de la pólvora le escocía los ojos y sentía violentas náuseas.

Rodeó la mesa. Lo que quedaba de Charles Gordon era una visión de pesadilla. Le dio la espalda, descolgó el teléfono y entonces recordó que ignoraba el número de Stan Hale, donde podía encontrar al teniente.

Lo dejó correr y todo lo que hizo fue llamar a Sylvia.

Quizá, desde su camino al infierno, el asesino se sintiera satisfecho al ver que, después de todo, Simón Dancer cumplía la última orden que dio en vida...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

